

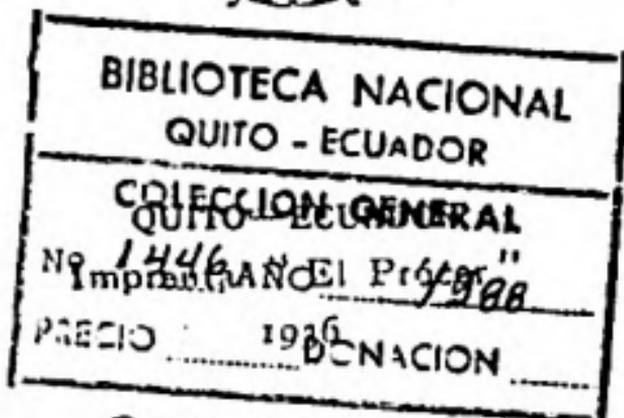
LA PROVIDENCIA

EN EL ECUADOR

Pinceladas Históricas

POR EL R. P.

MIGUEL MARTINEZ de la VEGA S. J.



0000218 - D

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo



Rda. M. Honorina Fundadora de la
Providencia en el Ecuador
1872

PROLOGO

Los rasgos de nobleza son propios de las almas superiores. Nobleza es que el maestro pida al discípulo el Prólogo de una obra como ésta, en que el arte derrocha sus magnificencias en obsequio de un instituto meritísimo por muchos conceptos.

Porque han de saber los lectores que quien prologa es discípulo del autor de LA PROVIDENCIA, discípulo que tuvo la suerte de vivir al lado de maestro tan generoso como hábil, por espacio de algunos años. A su lado aprendió a percibir las

IV

armonías del mundo exterior, a su lado comenzó a experimentar la emoción estética que produce la presencia de lo bello. Sin gafa tan amable, de seguro habría permanecido ignorado ante sí mismo.

Por eso la gratitud del que estas líneas escribe es inmensa para el religioso jesuita. Y ahora más todavía, porque, con perjuicio personal, el maestro de ayer y de hoy prefiere la débil introducción de mano temblorosa a la de pluma avezada, que, con pulso firme, hable dignamente de esta obra.

El presente libro, conjunto de **Planchadas Históricas** del Instituto de la Providencia, describe circunstanciadamente el desarrollo de la Congregación en el Ecuador. Muestra la actividad de las religiosas, el prestigio que se conquistan en varias provincias del país, las distinciones a que se hacen acreedoras por parte de García Moreno. Señala luego

el motivo que decide el que se hagan cargo de la dirección de las niñas de la clase alta. Todas las clases sociales piden los cuidados de las eximias pedagogas.

Estas pinceladas maestras se completan con la monografía de algunas de las primeras religiosas. La delicadeza y la distinción se juntan en esas almas heroicas, que desprecian perspectivas brillantes en la sociedad, por seguir los generosos impulsos del corazón.

Episodios de lo más subyugadores, algunos de los cuales llegan a lo sublime, contienen las monografías de las heroínas de la Providencia. Varias capitales de Europa y algunas ciudades ecuatorianas son el teatro de esas nobles acciones.

Y todo esto está de tal modo ajustado a los cánones de la belleza, que constituye una verdadera obra de arte. Domina el entusiasmo, el cual, a veces, llega a la admiración.

VI

Con mucha exactitud se realiza aquí el apotegma "el estilo es el hombre".

El Padre Martínez refleja en estas páginas su espíritu. Espíritu diáfano, pulcro. Se pudiera decir que su modo de expresarse le traiciona. El no quisiera darse a conocer; pero la elegante sencillez de estilo, la elevación de tono hablan muy claro de las bellezas interiores.

Algunas páginas, por ejemplo, las de la descripción de la travesía de las primeras religiosas de Bélgica a Guayaquil y de allí a Quito parecen arrancadas a las narraciones de viaje del enorme literato Cuesta. Participan de la espontaneidad, de la novedad, de la viveza, gracia y vigor de aquellas. Tienen inspiración poética.

Y es que el religioso, el verdadero religioso "vive en poeta". Vivir en poeta, como hermosamente dice un escritor de "El Debate" de Ma-

VII

drid, no es sinónimo de poseer la pericia del verso, sino vivir en estado de poesía, que es equivalente a lo que en la vida del espíritu se llama "vivir en estado de gracia". "Vivir en estado de poesía es vivir en concordia con las cosas; es sentir la nostalgia del vuelo, el gozo de desasirse de las cosas para contemplarlas mejor y poseerlas castamente".

Pocos como el autor de "La Providencia" pueden pintar con mayores atractivos la obra pedagógica de las nombradas religiosas. La predilección que tiene por los niños es grande. Ha nacido para vivir entre niños, para guiar a los niños. Sus delicias son los niños. Él comprende a los niños y los niños a su vez le comprenden, le aman y le siguen.

¡Hermoso distintivo! El distintivo de Jesucristo, de San Ignacio, de Don Bosco, amar a los niños.

VIII

Por eso la presentación de los trabajos de la Providencia entre la niñez femenina del Ecuador corresponde al cariño que el Padre Martínez tiene a la infancia. Ha puesto todo el afecto atesorado en años de docencia para describir la abnegación de mujeres heroicas en beneficio de las pequeñuelas.

Es la primera ocasión que en tan deliciosa forma se traza en el Ecuador la fisonomía de un Instituto traído por García Moreno.

La edad media de la República, la época garciana, calumniada por los pseudo historiadores, ofrece estos motivos de belleza singular. Al igual que la Edad Media, la de los siglos de oro del Cristianismo, la época de García el Grande guarda tesoros como el presente. Sólo espera que investigadores acuciosos levanten el velo que oculta esos valores y los ofrezcan a la admiración pública.

Ojalá el mismo autor de estas pá-

IX

ginas llenas de patriotismo presentara a la Nación, con la maestría que le caracteriza, el Calvario y el Tabor de los Institutos docentes debidos a la administración del "hombre que honra al hombre". De este modo se aprendería a apreciar más aún la memoria del Presidente Mártir, y a la vez se haría una obra de justicia histórica a aquellos institutos religiosos, que constituyen una de las mayores palancas de la civilización en el Ecuador.

Enrique M. Villasís Terán.

Quito, 21 de junio de 1936.

Dos palabras del Autor

En las bodas de diamante de su vida religiosa, tuvo la bondad la R. Madre Maria Claver de invitarme a pronunciar la oración de acción de gracias por tan insigne beneficio, en la misa solemne que había de celebrar el R. P. Provincial de la Compañía, Prudencio De Clippeleir, en la capilla del Noviciado de la Providencia. Pero temiendo la humildísima religiosa que el orador hiriese su modestia con alabanzas personales, le suplicó encarecidamente que hablase mucho de las fundadoras de la Providencia en el Ecuador y de la gran Nación Belga, donde tuvo origen este floreciente Instituto de "La Providencia y de la Inmaculada Concepción". A este fin puso en manos del predicador unos apuntes, que ella misma con inmenso amor, a su voca-

XII

ción, y cariño y gratitud a sus maestras y directoras, había recogido con todo esmero.

El predicador, al dar un vistazo al precioso cuaderno, admirado de tanta belleza moral y de tantas maravillas, como se escondían en esas humildes páginas, se determinó a darlas a la publicidad, en el semanario "Dios y Patria", como en efecto lo hizo.

Los lectores gratísimamente impresionados con la lectura de esos admirables ejemplos de virtud y sacrificio y de esa constancia y maestría en la educación de la niñez femenina, suplicaron que se coleccionaran en un libro esos artículos diseminados en las ediciones de "Dios y Patria".

Accediendo a esta justa demanda ofrecemos al público estas modestas Pinceladas.

Quito, 19 de junio de 1936.

M. MARTINEZ DE LA VEGA, S. J.



CAPITULO I

Causas de la venida de las Madres de la Providencia al Ecuador

1 Quién y porqué llamó a estas heroínas a nuestra Patria.

¡Noche espantosa! noche de tristísimo luto y de llantos y gritos desgarradores!... Y sin embargo nada parecía presagiar tan horrenda catástrofe.

¡La tarde había sido tan deliciosa! ¡las primeras horas de la noche tan sublimes! ¡el cielo de agosto tan esplendoroso...! Las estrellas se comunicaban las unas a las otras, con sus fulgurantes parpadeos, sus íntimas alegrías, y derramaban pródigas sobre nuestra adormida provincia sus mágicos destellos.

Los moradores cansados de sus diver-

siones, de sus brindis y danzas, reposaban, sin cuidados ni fatídicos presentimientos, en brazos del dulce sueño.

Un silencio profundo dominaba en los pueblos y ciudades de la bellísima comarca. Apenas si se oía el misterioso susurro de las brisas que graciosamente rehilaban entre las ramas de las vecinas arboledas. Cuando ¡oh escena pavorosa! ¡oh cuadro espeluznante!, un bramido atronador del Cotacache anuncia las horriboras convulsiones de todo el suelo de Imbabura. Los habitantes, sacudidos violentamente del profundo sueño, ven desplomarse súbitamente los edificios y se sienten sepultados en sus abrumadores escombros. Inmensa y negrísima polvareda oscurece la luz de las estrellas y un grito de horror y de angustiosa plegaria se escapa de todos los pechos. En un instante queda convertida la risueña Provincia de Imbabura en un vasto sepulcro de vivos y muertos.

Los lánguidos quejidos de los ancianos, los gritos desgarradores de los jóvenes, los ayes lastimeros de las doncellas y los tiernos y conmovedores lamentos de los niños, formaban un concierto de horror que partía el alma.

Al mismo tiempo una partida de forajidos y una banda de indios salvajes acababa de completar el cuadro de horror

con su repugnante pillaje y crueles asesinatos.

Por fortuna, en esos momentos tan angustiosos, se presenta de improviso el hombre providencial, el héroe de los imposibles, el gigante de las locas empresas, García Moreno, con plenos poderes de Jefe Civil y Militar de la desventurada Provincia, conferidos por el Supremo Gobierno.

Salvando distancias y peligros increíbles con una rapidez y felicidad maravillosa, se presentó en medio de la destruída ciudad. Con el talento organizador que le caracteriza y esa férrea voluntad y eficacia que no admite retardo, hace desenterrar a los que yacen bajo los escombros, les presta los más urgentes auxilios, les vena las heridas, levanta tiendas de campaña para amparo de los infelices, limpia con severas leyes y enérgicas sanciones la región de todo bandido, de todo salvaje y traficante de la desgracia; y en pocos días queda toda la Provincia en completa paz, y se comienzan enseguida los trabajos de reconstrucción de la ciudad, volviendo así a renacer la esperanza en todos los corazones.

2 Los huérfanos de Imbabura.

Pero ¿que hacer con esa gran multitud de huérfanos?

Ese hombre de hierro, que parece insensible a todos los trastornos y carnicerías del combate, se enternece hasta las lágrimas a la vista de esas tiernas criaturas, que lloran de hambre y de frío, y por la falta de sus padres. De un sólo golpe de vista abarca el tristísimo porvenir que les espera en la vida.

Y de un golpe de vista vió también el modo de evitar esa negra suerte que les aguardaba, y hacerles gozar en la infancia y en la niñez de las ternuras de corazones maternos y prepararles para más adelante una vida feliz con el trabajo y con una formación verdaderamente cristiana y completa en todo sentido.

Pero por de pronto nada podía hacer. Acabada su misión de salvar a Imbabura y ponerla en camino de mayor grandeza moral y material que antes, tenía que retirarse a la vida susegada en su hacienda de Guachalá; pues su actividad política nada podía contra la inercia de los gobernantes, a vista de las maquinaciones de la masonería y radicalismo.

Se contentó, pues, por entonces con

trasladar a Quito a los pobres huérfanos a espaldas de los soldados, por no haber otro modo de transporte; y encomendar a los niños a los maestros católicos del Protectorado, que el había levantado, y asilar a las niñas en el BEATERIO a cargo de la virtuosa señora Benigna Flores.

* * *

Pronto se vió obligado García Moreno a salir de su dulce retiro de Guachalá. Los verdaderos patriotas de Quito y todo el Pueblo del Ecuador con manifiestos y adhesiones apremiantes le constriñeron a admitir por segunda vez la Presidencia de la República; para librarla de la tiranía masónico-radical, que pretendía apoderarse de la cosa pública con una sublevación audazmente tramada.

No bastando súplicas de los políticos ni imposición del pueblo para que aceptara García Moreno la Presidencia, hub de acudir la Convención Nacional al mandato en virtud de su autoridad suprema y a la nulitación de su juramento para obligarle a admitir en conciencia la Magistratura Suprema. .

* * *

García Moreno, colocado en el puesto más alto de la República, preocupado con los problemas arduos e intrincados de la completa pacificación del país, de las relaciones internacionales, de la prosperidad material de la Nación, de la creación de nuevos establecimientos para la enseñanza primaria, secundaria y superior, de la organización y formación del ejército y tantos asuntos más de capital trascendencia, no se olvidó de los queridos huerfanitos de Imbabura. Es que no hay hombre verdaderamente grande, que no sepa compadecerse prácticamente de los desgraciados; es que no hay corazón verdaderamente noble y delicado que no vaya a prodigar sus ternuras y cariños a lo mas conmovedor de la humanidad, la niñez desvalida. Abí se veía al gran Presidente de la República, en el BEATERIO de las huerfanitas imbabureñas prodigándoles sus caricias, obsequiándoles con dulces y toda clase de golosinas, dando órdenes para su mejor alimentación, vestido, dormitorio y recreaciones.

CAPITULO II

Las futuras Madres de las huérfanas. — Grandes personajes Intérvienen en la elección.

Pero nada de esto le satisfacía. Buscaba MADRES para esos corazoncitos que ansiaban y suspiraban más que por nada por cariño maternal.

¿Donde encontraría madres dignas de este nombre ?

Madres mercenarias solo atienden a su provecho personal y al formulismo externo y nada más.

García Moreno quería madres que supieran transfundirse en esas almas inocentes con su piedad profunda, con su cultura completa, con su abnegación heroica, en una palabra, con todo su ser espiritual.

- 1) Monseñor Checa, García Moreno, el Cardenal de Merode y Pío IX.

Llegó el año 1869, año de convocación al Concilio Ecu­ménico del Vaticano. Monseñor Checa, dignísimo Arzobispo de Qui-

to, antes de partir al Concilio quiere pedir órdenes al Presidente de la República, Exmo. Dr. D. Gabriel García Moreno. Este le recibe con aquella cordialidad y reverencia propias de las autoridades en quienes reina el espíritu de amor a Dios y a la Iglesia. Entre los grandes asuntos que trataron los dos supremos Poderes del Ecuador, García Moreno encomendó al Ilustre Prelado la misión de pedir al Santo Padre Pío IX una Comunidad de Religiosas, que pudiera encargarse del *cuidado maternal* de sus queridas huérfanitas de Imbabura.

El Prelado contestó que ese era deber propio suyo y que no volvería sin una respuesta satisfactoria.

García Moreno pidió con filial reverencia la bendición, y Monseñor Checa se separó hondamente impresionado de un mandatario tan *soberanamente* católico.

* * *

Emprendió inmediatamente su viaje a Roma. Llegado a la ciudad Eterna, su primer cuidado fue cumplir la misión del Presidente.

Mientras esperaba a Su Santidad en la antesala de recepción, se encuentra con el Emmo. Cardenal de Merode, con quien

entabla amistosa conversación, comunicándole el deseo de llevar al Ecuador Religiosas dedicadas a la enseñanza y formación de las huérfanas.

¡*Madres* para huérfanas quiere Su Señoría? le replica con vivacidad y con el rostro iluminado y la mirada vibrante de alegría. Nadie puede desempeñar mejor, Ilmo. Señor, este cometido que las Madres del Instituto de la Providencia, a quien N. Smo. Padre se complació en condecorar con el título de la Inmaculada Concepción. En poco tiempo han fundado una multitud de casas y colegios en Italia. Yo quisiera que Su Señoría visitara uno sólo de los establecimientos regentados por estas meritísimas Religiosas, la Escuela Dominical de aquí, en Roma, por ejemplo. Asisten doscientas antiguas alumnas, los domingos; se confiesan, comulgan, pasan todo el día muy entretenidas. Tienen pianos y otros instrumentos musicales, y variedad de juegos para señoritas.

Poseen además una hermosa biblioteca de lecturas amenas.

Toman el desayuno y almuerzo en un espacioso comedor.

Todo el día lo pasan muy feliz, alternando entre las obras de piedad y juegos distractivos.

No faltan las conferencias instructivas

de nuestros buenos Padres Jesuitas, que saben formar y dirigir tan bien a estas juventudes...

En fin, fue una pintura tan admirable que hizo el Exmo. Cardenal de Merode de las obras de las Madres de la Providencia y de la Inmaculada Concepción, que nuestro Ilmo. Arzobispo ya no pudo pensar en otra Comunidad.

* * *

Introducido Monseñor Checa en compañía del Cardenal a la audiencia de Su Santidad, y, hechas las saluciones y rendimientos de rúbrica, lo primero que pregunta Pío IX es sobre nuestro grande hombre, conocido, amado y venerado ya en todo el mundo católico, y querido y bendecido de una manera particular por Su Santidad.

Le cuenta Monseñor muy por menudo todas las obras de García Moreno, sus trabajos, sus aspiraciones, las contrariedades y persecuciones de sus enemigos. Absorto, le dice, en tantas y tan grandes obras de regeneración y engrandecimiento de nuestra Patria, una de las cosas que más tiene en su corazón es la educación y formación de las niñas, sobre

todo de las huérfanas sobrevivientes a la terrible catástrofe de Imbabura.

Pío IX oía todo con interés creciente y quedaba encantado con la fe y grandiosidad de su hijo predilecto, el gran Presidente del Ecuador.

A todo accedió benignamente Pío IX y dió su grata aprobación a la empresa y su bendición apostólica a los viajeros del Ecuador, Monseñor Checa y el Dean de la Catedral de Riobamba, Rmo. Sr. Leopoldo Freire y el gran poeta colombiano D. Belisario Peña que acompañaban al Arzobispo



En la Casa Madre de Champión. — Las escogidas. — Conmover adios.

Los viajeros del Ecuador juntamente con su Eminencia el Cardenal de Merode salieron sumamente contentos de la audiencia de S. Santidad y de la elección de la Providencia para la fundación de la casa de las huérfanas en Quito.

Pero ¿cómo conseguir un número suficiente de Religiosas? El Cardenal tan decidido y ejecutivo en sus empresas, lleva a sus nuevos amigos a Bélgica, a la Casa Madre de la Providencia, en Champión.

Allí son recibidos por los superiores

de la Comunidad con toda bondad y con las más cumplidas atenciones. Son conducidos por todos los departamentos, talleres, obradores de la Casa; y los viajeros quedan todavía más entusiasmados y ansiosos de llevarse cuanto antes un buen número de esos ángeles de bondad. Pero ¡ay! oyen la dolorosa respuesta de que era absolutamente imposible acceder por entonces a tan justa demanda y tan honroso concepto de la Comunidad; pues el personal estaba exhausto por las numerosas fundaciones hechas últimamente en Italia y Bélgica.

Pero ¿quién resistía a la magia que ejercía el nombre de García Moreno y la tierra ecuatoriana, tan exuberante en su suelo, tan grandiosa en sus montañas coronadas de nieve perpetua, tan esplendorosa en su cielo de dos hemisferios, tan divina en su política y en su vida social y religiosa? ¿Quién podía oponerse a la influencia avasalladora de Monseñor Checa, y a la suave y fuerte imposición del Cardenal, tanto más que el Emmo., para convencer con la eficacia del ejemplo, añadió: yo cedo la joya más preciosa que tengo en mi jurisdicción de Italia, la Rvda. Madre Honorina, y quiero que élla vaya a la cabeza de todas, como prenda de amor y estimación a la sociedad de Quito.

Ante una actitud tan noble y decidida del Cardenal hubieron de hacer inmediatamente el contrato, obligándose los superiores de la Casa Madre a mandar lo más pronto posible la primera expedición al Ecuador.

Más de un año se pasó en cambio de sujetos, en reemplazos, en consultas, para escoger las mejores religiosas, más competentes, y corresponder así a la expectación y gran concepto que se habían formado el Presidente y la sociedad, por la información de Monseñor Checa, que tuvo que regresar a nuestra Patria.

Llegó por fin el suspirado día. Ocho religiosas eminentes por su virtud sólida, por su piedad profunda, por su prestigio social, por su exquisita cultura y por su completa instrucción y respectivas especializaciones, se reunieron en Champión, dispuestas a emprender rumbo a las venturosas playas del Ecuador.

A los pies de Jesús Sacramentado y de María Inmaculada han hecho el sacrificio de su familia, de su Patria, de las risueñas esperanzas, cifradas en sus alumnas compatriotas, inteligentes y de mutua comprensión; han derramado tiernas lágrimas de despedida, han dado los últimos abrazos a los amores más puros de su corazón... Y como Jesús, después de las agonías y sudores de sangre, se

presentó majestuoso, sublime y divinamente denodado para arrostrar las injurias y desprecios y subir a la cruz para redimir al mundo; así esas ocho valientes discípulas de Jesús, después de las lágrimas y combates del corazón, se presentan sublimes y divinas, con la amabilidad de las vírgenes consagradas a Dios y con la grandeza de la mujer fuerte, dispuestas a arrostrar toda clase de dificultades y aún la misma muerte, si así lo exigiere el amor de su Divino Esposo.

A confirmarlas en estas sublimes disposiciones vino la preciosa alocución de la Rvda. Madre General.

«Hijas mías, les dijo, Dios os ha tenido elegidas desde toda la eternidad para este sacrificio... Mucho fía de vosotras; pues carga sobre vosotras el peso de su gloria. Pero cuando El pone la carga dá también hombros fuertes para sostenerla.

«La mies es abundante en el Ecuador. Andad presurosas allá; nosotras os seguiremos con el deseo, y aunque os ausentéis de la Casa Madre, quedáis en el corazón de vuestras superiores y de vuestras Hermanas, que nunca os podrán olvidar; porque los montes y los mares separan los cuerpos, pero no las almas, que están unidas en Jesús, lazo de unión de los corazones».

Alentadas con esta corta y sentida exhortación ansiaban ya el momento de la partida.

Ya estaban listos los comisionados por Monseñor Checa y por el Presidente para llevar a esas valientes heroínas al Ecuador. Eran el Venerable Sacerdote, Dr. Cubi y el señor Federico Flores, hijo del General.

3 En el mar.—Minuit Chrétiens en el Pacífico —
Los ángeles cantando —
En la tierra prometida.

Dado el último adiós en Champión, entre las emociones más tiernas y conmovedoras, se arrancan las ocho heroínas de su hermosa Patria, cruzan veloces valles, montes, pueblos y ciudades, y llegan a París. Pero París con su lujo, su riqueza, su grandiosidad, sus innumerables bellezas, con sus mágicas melodías y múltiples maravillas no hacen ninguna impresión en esas almas endiosadas: sus pensamientos se van al Ecuador, sus ternuras buscan con ansias a las huerfanitas que lloran sin sus madres.

Llegan a Saint Nazaire; se embarcan el 9 de Octubre de 1871 en un vapor francés y empiezan a bogar por la inmen-

sidad del océano. Lanzas sus últimas miradas al continente, como queriendo divisar todavía a su querida Bélgica, pero enseguida tienden su vista al Occidente en dirección a su nueva tierra prometida.

¡Boga ligera, venturosa nave!

Corta las olas de la mar bravía,

Segura bajo el manto de María;

Ella tu estrella te será en el mar...

Adiós, prendas del alma, adiós mil veces;

Para siempre talvez nos separamos.

Hondo suspiro de nuestra alma damos,

Porque ya nunca nos podremos ver.

¿Nunca? Nunca en el suelo por ventura;

Más sobre el suelo el cielo se levanta,

Que ha de hollar algún día nuestra planta:

Allá en el cielo nos podremos ver.

Para evitar la monotonía de la vida de barco, las monjitas rezan, cantan, leen, escriben, trabajan en red y en frivolité, y aprenden con gracia el español bajo la dirección del atinado maestro, señor Flores, convirtiéndose la clase en momentos de alegría para todos, por los esfuerzos y morisquetas que tienen que hacer, para pronunciar los sonidos característicos de nuestro idioma.

Por la noche, cuando «el bajel de plata»

se deslizaba tranquilo y con seguro rumbo por entre millares de escollos de fúlgidos diamantes, las monjitas levantaban dulcemente los ojos al cielo y, entre el murmullo de las olas y el crujir de la quilla, exhalaban sus amorosas plegarias al Dios de la luna y de las estrellas, de la tierra y de los mares.

Pero nada tan sublime como la inolvidable noche de Navidad, en medio de las ondas bonancibles del Pacífico. Era el 24 de Diciembre de 1871: las buenas religiosas, que habían ansiado llegar cuanto antes a tierra ecuatoriana, para celebrar en ella la dulcísima fiesta de Navidad, se veían ahora contrariadas, por el retraso que tuvieron en Panamá.

Arrimadas a la baranda quedaban pensativas y un tanto melancólicas por verse precisadas a pasar tan prosaicamente la Noche Buena.

Por fin la Madre Loyola, excelente pianista y música, se decide a comunicar al señor Flores, su intérprete, el deseo de todas las religiosas de celebrar esa noche lo más santa y alegremente posible con toda la tripulación. La respuesta del capitán y de todos los tripulantes y pasajeros es afirmativa. Se reúnen todos muy contentos en el salón y ensayan llenos de alegría las tiernas canciones de Navidad.

A las 11 y tres cuartos p. m. tocan la campana del barco, y marinos, pasajeros y religiosas se reúnen en el puente, esperando la hora solemne. El ambiente casi siempre brumoso, parece despejarse y pararse con una diafanidad misteriosa, las estrellas lanzan toda la plenitud de sus fulgores, y la luna riela mágicamente en el tranquilo espejo de las aguas...

Suenan las 12 de la noche y aquellos ángeles de La Providencia entonan con voz celestial el precioso canto «Minuit, chrétiens»; y cien voces las acompañan, y ese concierto divino que se pierde en la inmensidad del Océano, va a parar en la cuna de Belén y hace sonreír al Divino Infante con inusitada alegría y conmueve a su bendita Madre. Siguen cantando:

Minuit, chrétiens, c'est l'heure sollen
(nelle,
Où l'Homme Dieu descendit jusqu' a
(nous...
Le monde entier tressaille d'esperance
A cette nuit, qui lui donne un Sauveur;
Peuple, a genoux, attend ta délivrance;
Noel, Noel; voici le Redempteur.
.....

¿Quién puede expresar las inefables dulzuras y las tiernas lágrimas de esos co-

razones amantes del Dios Niño, al ver esa manifestación tan devota, tan íntima de toda la tripulación al Divino recién nacido.

Con razón decían las Madres que no podrían olvidar jamás la Noche Buena del Pacífico.

4) **En tierra ecuatoriana.—**
Viaje admirable a través
de la sierra.—Llegada a
Quito.

Todavía estaban las Madres y los pasajeros con los dulcísimos dejes de aquella Noche Buena, tan tierna y tan conmovedora, cuando divisaron entre las penumbras del crepúsculo las bellísimas playas ecuatorianas. El corazón les latía con inusitada alegría; el alma se elevaba a regiones más sublimes. Al contemplar la anchurosa ría del Guayas, sus riberas cubiertas de exuberante vegetación, sus esbeltas palmeras que se cimbreaban majestuosamente y todo el inmenso horizonte y grandiosos paisajes que se desplegaban ante su vista embolesada; prorrumpían en las bíblicas exclamaciones: Bendecid al Señor, cielos, mares, ríos, valles, plantas, peces, aves; y todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, bendecid al Señor...

Bajaron, por fin, a tierra; besaron el suelo de su segunda Patria, con aceptación de las penas y alegrías, trabajos y sacrificios, costumbres y santas creencias de la nueva región, en cuyo cultivo espiritual iban a emplear los mejores años de su vida, con todas sus energías, con todas sus habilidades y su constante actividad educadora de la niñez.

Conozcamos a estas meritísimas religiosas y fervorosas imitadoras del Divino Maestro; descubrámonos en su presencia e inclinémonos reverentes, como señal de nuestro respeto y de nuestra profunda gratitud.

Estas heroínas son:

Rda. Madre Honorina, dotada de relevantes prendas de gobierno.

Rda. Madre María Edmond, admirable educadora por su ilustración y finísimo tacto.

Rda. Madre Loyola, notable por su gusto y habilidad música.

Rda. Madre Antonina, florista consumada.

Rda. Madre Clara, entendida en confección de variedad de guantes.

Rda. Madre Rosina, muy perita en toda clase de encajes.

Rda. Madre Margarita, versada en Letras y Ciencias y bien preparada para la enseñanza.

Rda. Madre Lutgarda, entendida en Farmacia y Enfermería.

Estas son las ocho excelentes religiosas, que vinieron a encargarse de la educación y formación de las afortunadas huérfanas de Imbabura, y cuyos nombres merecen grabarse con caracteres indelebiles en los anales de la educación femenina y en los fastos de los héroes del amor a la humanidad desvalida.

Pocos días se detuvieron en la Perla del Pacífico.

Las Hermanas de la Caridad las atendieron con la cordialidad que inspira el amor de Cristo y la Comunidad de los mismos ideales y sacrificios.

Hechos los preparativos para la gran odisea de Guayaquil a Quito, se pusieron en marcha a la usanza primitiva en canoas, acechadas por lagartos desde las riberas, por el Bodegas, y en acémilas por los montes y páramos de la sierra, pasando las mil y una peripecias inevitables en ese largo y penosísimo trayecto, sin que por eso perdieran el buen humor y la alegría propia de los hijos de Dios.

Iban «de sorpresa en sorpresa» y de asombro en asombro, pasando de los amenísimos huertos tropicales a los inmensos y solitarios páramos de raquíta y

monótona vegetación; del clima abrasador de la costa a la perpetua primavera de la planicie interandina; de los abismos y espeluznantes precipicios a las edénicas llanuras cubiertas de verde esmeralda y esmaltadas de mil flores, hasta que dieron vista al imponente Chimborazo, quedando estupefactas ante esa mole gigantesca, jamás soñada en la tierra de las grandes llanuras y pequeñas colinas.

Llegaron por fin, después de tres meses de viaje, a la Coya de los Andes, a la ciudad más humanitaria y más mística del mundo; pues parece que desde la altura en que está situada, recibe inmediatas comunicaciones del cielo y divinas influencias.



CAPITULO III

Llegada a Quito y comienzo de las labores

- 1) En la casita de las huérfanas. — Ternuras inefables. — Monseñor Checa y García Moreno comparten las penas y alegrías de las huerfanitas.

¡Qué cansadas y doloridas que llegan las buenas monjitas de la Providencia! ¡Tantos días de viaje a caballo, sin haber antes cabalgado nunca! ¡Tantas noches pasadas en medio del bosque o de la sabana, en improvisados lechos de rústicas ramas, al abrigo de una carpa y oyendo el aullido de los tigres y los rugidos de otras fieras y el silbido de las serpientes! ¡Tantas privaciones, a veces de lo más indispensable, las traían extenuadas, llagadas, casi sin fuerzas; pero siempre con el alma tranquila, abandonada en los brazos de la Divina Providencia!

Era preciso que supiesen por propia experiencia lo que es sufrir hambre, sed cansancio, desamparo y soledad las que habían de ser madres de las pobrecitas huérfanas desenterradas de los escombros, privadas de sus madres, muertas de hambre y de frío, en los primeros días que se siguieron a la terrible catástrofe. Así había mutua comprensión y más honda simpatía entre madres e hijas que habían sufrido tanto, como la hay entre Jesús dolorido, afrontado y ajusticiado ignominiosamente y los que sufrimos y lloramos las desgracias de la vida....

.....

Con relativa comodidad viajaron de Ambato a Quito en una diligencia tirada por mulas. Llegaron a la Plaza de Santo Domingo, y ya a las puertas del Colegio de los Sagrados Corazones las esperaban con todo cariño esas buenas religiosas, tan amantes de Jesús Sacramentado y formadas en la divina turquesa de los Corazones de Jesús y de María. Ocho días estuvieron las Madres de la Providencia en esta santa Comunidad, recibiendo toda clase de atenciones y cuidados y reparándose del estropeo del viaje.

Lo que les hizo olvidar todos sus achaques y trabajos fué la visita paternal del gran prelado ecuatoriano, nuestro ve-

nerado Arzobispo, nuestro tiernísimo Padre, Monseñor José Ignacio Checa y Barba, llamado el ángel y el mártir por nuestro pueblo; ángel por su pureza y bondad; mártir por el sacrílego asesinato perpetrado en su sagrada persona por el verdugo de todo lo noble y bueno, de todo lo puro y santo, por el maldito liberalismo.

El corazón paternal de Monseñor Checa para con los pobres y pequeños lo pone de relieve este sencillo hecho. Un día, mientras tomaba su frugal alimento, vieron sus familiares que por su angelical rostro resbalaban tristes lágrimas. ¿Por qué llora, Ilmo. Señor? le preguntaron los presentes, y él contestó llanamente: Lloro porque las huérfanas no tienen que comer, y yo tengo mi alimento.... Y acababa de dar orden para que se socorriera generosamente a las pobrecitas.

Ya podéis figuraros, amables lectores, el consuelo que tendrían las RR. Madres de la Providencia con la celestial conversación, con los divinos sentimientos, con el amable trato del Prelado Ángel y Mártir del Ecuador, copiado del Divino Maestro.

Escuchaba Monseñor con todo interés la aménísima y variada narración de tantas peripecias, de tantas escenas de grandeza y sacrificio: sonreía, se enternecía, y

siempre terminaba con palabras suaves como el bálsamo que brotaban de ese corazón amante de Dios y de su amada grey.

Vino a completar la felicidad de las Madres la presencia del Coloso del Cristianismo del siglo XIX, tan majestuoso y tan sencillo, tan sublime y tan pequeño, tan serio y tan amable.

La bienvenida dada por el primer Magistrado de la República, con esa cortesía y respeto con que solía saludar a toda señora y más a las consagradas a Dios, les hizo olvidar todo trabajo y las trasladó por unos momentos al país de la dicha y de la grandeza propias del Cristianismo . .

La dicha de las Madres no tuvo límites, cuando, después de ocho días de descanso, fueron llevadas a presencia de sus suspiradas huerfanitas. Al ver esos rostros angelicales, al sentir esos cariños tan íntimos de esas pobres niñas que encontraban en las monjitas a sus mamás sepultadas en el terremoto, al oír esos saludos balbucientes y al sentir el latido de esos tiernos corazones junto a los suyos ¿quién puede expresar los momentos de cielo que pasaron las heroicas emigrantes de Bélgica?

- 2) **Las Madres y las huérfanas en su casa.**—Primeros trabajos de las niñas—Ministros y diplomáticos admiran sus labores. Menseñor Checa y García Moreno en la exposición de obras de las huérfanas.

Día memorable y de tiernas emociones aquel en que la señora Benigna Flores entregó a las RR. Madres de la Providencia el tesoro que le había confiado García Moreno, el asilo de las huérfanas. En un precioso discurso y en un diálogo conmovedor declamado por las mismas niñas, vaciaba su buen corazón la señora, manifestando su alegría y contento de ver a sus pequeñas al amparo de Madres tan santas, tan abnegadas, tan instruídas y tan hábiles para modelar sus tiernos corazones y para formarlas en las labores propias de su sexo....

Acto continuo se pusieron las Madres a arreglar convenientemente la casa, disponer las clases, hacer las secciones, prevenir el material etc. y en un tris estuvo todo montado.

Era un encanto ver cada sección acudir llena de felicidad a sus respectivos estudios y labores, al canto, a la declamación;

no faltando tampoco quien aprendiese maravillosamente el piano.

En las funciones religiosas y literarias cantaban con tal primor y con acento tan celestial que aún las personas más respetables no se podían dominar, y volvían maquinalmente la cabeza para contemplar *esos ángeles bajados del cielo*, como en una de esas ocasiones dijo un eminente eclesiástico.

Frecuentemente visitaban el naciente establecimiento los dos poderes supremos de la Nación, el Ilmo. Sr. Arzobispo y el Excmo. Sr. Presidente de la República, volviendo siempre muy complacidos del adelanto cada vez mayor de las niñas en sus estudios y labores.

¡Oh! cuando el Estado y la Iglesia van juntos, cuando la religión y la política se compenetran, cuando la fe y la ciencia forman una sola visual, las Naciones son grandes, los ciudadanos viven en perfecta paz y armonía, y la felicidad y progreso reina en todas partes.

Llegó el término del primer curso; y al rendir las huórfanas sus exámenes, al ver, en la exposición de trabajos, esos bordados a mano, esa variedad de flores, esos guantes de piel de todos colores, y esos encajes de aplicación de Bruselas, no se cansaban de ponderar las gentes que visitaban la exposición, sobre todo las seño-

ras, la habilidad de las niñas imbabureñas y la maestría y competencia asombrosas de las nuevas monjitas venidas de Bélgica.

Entre los visitantes se dejaron notar diplomáticos extranjeros, y todos examinaban prolijamente las labores y manifestaban gran admiración de ver por vez primera en el Ecuador obras que podrían competir con las europeas.

Un venezolano rico quedó tan satisfecho de la exposición que, ahí mismo, suplicó que le hiciesen una blusa para su madre. Al recibir terminada la obra, fué tal el gozo que sintió de poder obsequiar a su madre con una prenda tan artística, que al punto sacó su cartera y pagó 500 (1) pesos contentísimo.

Pero la recompensa mayor que recibieron las Madres por sus trabajos y desvelos, fué la visita a la exposición del Excmo Sr. Presidente, García Moreno, acompañado de sus Ministros y rindiendo honor a Monseñor Checa. ¡Todos esos grandes e históricos personajes tan humanados a visitar el asilo de las huérfanas, a admirar sus obras, a alentarlas en sus trabajos, a premiar sus méritos, a conversar familiar y paternalmente con las pequeñuelas!

Esas criaturitas, al verse tratadas con tanto cariño y familiaridad por esos altos

personajes, se atrevían, llenas de confianza a registrarles los bolsillos y llevarse un real, una peseta, que, ellos, gustosos se dejaban sustraer.

¡Oh tiempos aquellos de oro! ¡oh gobernantes sublimes! ¡oh dichosas criaturas y monjitas aquellas que alcanzaron esos días de grandeza y de caridad divina!!

Recorriendo y examinando despacio las mesas de la exposición, se detuvo de repente García Moreno ante un tapiz de mesa redonda, que parecía un bellissimo mosaico, y le dice a Monseñor: «Mire, su Señoría, qué habilidad de las Madres: con los retazos de las pieles de los guantes han arreglado este tapete, combinando admirablemente los colores» —Así era efectivamente; en vez de echar a la basura los restos de los guantes, los aprovecharon para esa maravilla.

Desahuciándose en alabanzas y agradeciendo al Cardenal de Merode, que lo sugirió la idea de traer a las Madres de la Providencia, salieron del salón de exposición el Ilmo. Sr. Arzobispo, el Presidente Dn. Gabriel, y sus Ministros.

3) Fama de que goza el instituto—Las mejores damas—
El pensionado.

La fama bien merecida de la virtud y de la formación intelectual y artista de las huérfanas de la Providencia se difundió rápidamente por todos los sectores de la ciudad y por todos los ámbitos de la Nación. De todas partes acudían a conocer a las célebres institutoras belgas, a admirar la piedad, modestia y múltiples habilidades de las niñas; y todos salían haciéndose lenguas de la gran Madre Honorina y de sus admirables compañeras

Pero ¿porqué, murmuraban entre sí las matronas de Quito, porqué ha de quedar restringida la educación y habilidades de estas lindas Madres a solas las huérfanas y pobrecitas? ¿Nuestras hijas no son también hijas de Dios y no merecen los cuidados de estas buenas Madres?

En seguida se reunieron un buen número y acudieron al Palacio Arzobispal y expusieron con toda elocuencia la necesidad de un pensionado dirigido por las RR. Madres de la Providencia, para las niñas de la aristocracia; pues todas debían participar de la profunda piedad, talento y habilidad de esas competentísimas religiosas.....

Monseñor Checa acogió benévolutamente tan justa petición; conferencia con el Presidente de la República; y ambos con la rapidez y firmeza que les caracterizaban hicieron la apremiante demanda a los Superiores de Champión. Estos gratísimamente impresionados por las cartas que recibían de la Madre Honorina y sus compañeras, cartas que rebosaban ardentísimo celo, entusiasmo, alegría y dicha por las maravillas que veían en el Ecuador y por los abundantes y halagadores frutos que producían sus trabajos, inmediatamente accedieron a la petición de esos gobernantes modelos, que tan simpáticos se les habían hecho, no menos que la bella y cristianísima nación que gobernaban.

La Rda. Madre General de la Providencia convoca inmediatamente a Champión a los mejores sujetos de todas las casas de Bélgica. Les cuenta las maravillas que realizan sus hermanas en Quito; les lee algunas cartas, enviadas desde esas lejanas tierras, en que describen las sublimidades de los montes y llanuras, la exuberancia de la vegetación, la sencillez y fe de las gentes del campo y de los hijos del pueblo, el afán y el cariño con que correspondían a sus desvelos las huérfanitas; y todo esto les entusiasma y electriza a las Hijas de la Providencia, y todas se ofrecen generosamente a abandonar las comodidades de

Europa para volar a tierra ecuatoriana. De entre esa pléyade de almas generosas y amantes de Jesús y de las almas, ocho son las escogidas, ocho eminentes religiosas, cuyos nombres todavía se pronuncian con reverencia y amor. Las Rvdas. Madre *Eudoxia, Ignacia, Berchmans, Cesdrea, Theresia, Juanita, Désirée y Anastasia.*

Reciben la bendición de la Rvda. Madre General, oyen palabras de aliento de ese corazón inspirado por Dios, se despiden de sus amadisimas compañeras, entre lágrimas cariñosas de unas y otras, y en medio de divinas emociones.

Después de un mes de feliz navegación se encontraron en Guayaquil, entre las Hermanas de la Caridad, en cuya capilla entonaron el «Te Deum» en acción de gracias al Dios Omnipotente.

Tan hondas y dulces impresiones causaron en sus almas estos acentos celestiales que largos años después parecía que todavía resonaban en sus oídos y repercutían en lo íntimo de sus corazones.

Ahora era *de* *las* *veffas* *en* *su* *caballos*, viajando a Quito, con sus trajes largos, bufanda blanca, (tejida por *las* *huerfanitas*) sombrero de paja con *su* *velo*, y el típico *ponebo*? ellas mismas se festejaban con ter-

do humor al verse con esa indumentaria tan peregrina, e iban vendiendo alegría por doquiera. A cada sorpresa, a cada maravilla, a cada belleza se encantaban en repetir en castellano *¡qué lindo!*....

CAPITULO IV

Monografías.—Sor Honorina

- 1) Niñez de Sor Honorina y su entrada en religión — Sus primeras obras de apóstol — En la guerra contra Pío IX—Un tigre convertido en cordero.

Antes de seguir adelante con los trabajos y fundaciones de la Providencia en el Ecuador, queremos dar a conocer las principales figuras de esas célebres religiosas belgas, que supieron transfundir, con arte maravilloso, sus virtudes, su ciencia y habilidades, en las niñas ecuatorianas.

Sea la primera Sor Honorina de Francois, esa Madre admirable de esa pléyade de hijas ilustres, que, siguiendo de cerca sus pisadas, fueron su gloria y su corona.

Nació esta insigne religiosa en Fleurus, pequeña población del Henao, (Hainaut) en Bélgica, el 8 de enero de 1823, de padres eminentemente cristianos y de distinguido linaje y posición social.

Su educación desde los primeros años fué esmeradísima. Llena de encantos físicos, morales e intelectuales, era la delicia de sus padres y el objeto de admiración de los extraños. Pero ella, cautivada desde su más tierna infancia del amor de Jesús y María, no hacía caso ni de los mimos de los suyos, ni de las lisonjas del mundo: toda su ilusión era hacerse religiosa. En efecto, desde los 7 años sintió el llamamiento de Dios a la Providencia.

Para corresponder del mejor modo posible a la voz divina, procuraba ser la primera en la piedad, en el estudio, en las labores y en la disciplina, en el colegio de Champión, adonde la llevaron sus padres apenas tuvo uso de razón.

Como pasaban los días y los años aparecía la niña más bella y angelical, más virtuosa e instruida, y siempre suspirando por el día dichoso de su desposorio con Jesús.

Llegó por fin el día de sus celestes ensueños. Quince años contaba, cuando fué admitida en el Noviciado de Champión por la Rvda. Madre Kostka, excelente Maestra de novicias, que iba delante de sus hijas espirituales más que con la palabra, con el ejemplo.

Sor Honorina sobresalió entre sus compañeras por su humildad, modestia y disciplina religiosa, mereciendo la profesión a su debido tiempo con aplauso de sus superiores.

En seguida se entregó al cumplimiento de los cargos, que le señaló la obediencia, con esa fe y confianza en Dios y con esa constancia y fortaleza de alma, propia de los corazones grandes, consagrados totalmente al servicio de su Divina Majestad.

Como profesora en Spy dejó recuerdos imperecederos en sus alumnas, por su bondad y energía maternal, y por su piedad profunda y por su competencia para la enseñanza.

Pasó mas tarde a Italia a la fundación de las casas de Perugia, Todi, Monte Mario, Bolonia y Roma, mereciendo en todas partes el aprecio y estima general por su talento, prudencia y demás virtudes religiosas. Pío IX, el gran Pontífice de la Inmaculada, el blanco de la cruel persecución de la revolución y masonería, la distinguió con su confianza, y puso a su dis-

posición la carroza pontificia para las innumerables obras de celo que realizaba esta gran apóstol de Cristo. Para ella no había sala de espera; entraba en el Vaticano como en su propia casa, a fuer de hija sumisa y abnegada de S: Santidad, siempre dispuesta a cumplir perfectamente sus órdenes.

Su valor y tino delicado se vió bien a las claras en Bolonia, cuando la invasión de las tierras pontificias por las tropas revolucionarias de Víctor Manuel y de sus ministros y generales Cavour, Azeglio, Garibaldi, Cialdini, etc.

Al presentarse el general vencedor de la plaza de Bolonia en la casa de la Providencia, su superiora, la Madre Honorina, hizo enarbolar la bandera de la Cruz roja, para preservar, con esta estratagema, su casa del saqueo.

El general al penetrar en el edificio y al ver las religiosas que lo habitaban, se llenó de furia, y pidió las reglas de la comunidad. La prudente religiosa, le presentó el reglamento de la clase, que pendía en una pared.

Mientras el militar lo leía, mandó Sr: Honorina traer una bandeja de exquisitas uvas y otras frutas; las presentó al general y a sus oficiales, diciéndoles con buena gracia que tuviesen la bondad de ateni-

tar ese pequeño refrigerio, en esta primera visita.

Al principio el hombre, remordiéndose de cólera, tomó las frutas; pero al terminar se sintió transformado.

Entre tanto todas las religiosas se reunieron en torno del sagrario para pedir al Dueño de los corazones y de las voluntades que amansara esa fiera y las librara de todo atropello y no fueran expulsadas de su casa, como ya lo habían sido las comunidades de hombres y mujeres.

Esas humildes y fervientes plegarias fueron escuchadas. El general les dijo: Ustedes pueden quedarse a condición de que curen a los heridos.....

2) La casa de Jesuitas convertida en Hospital de «La Providencia» —Un oficial herido—Emocionante anagnórisis

Sor Honorina, queriendo conjurar con esa perspicacia de las mujeres inteligentes todo el futuro lastimoso, contestó: Sor Honorina contestó que lo harían con todo gusto; pero que su casa era pequeña y húmeda; que si les diera el convento de los Jesuitas, pudieran recibir

a todos los heridos y atenderlos con esmero. El intento de la superiora era conservar la iglesia y casa de los Padres con todo el mobiliario, y entregárselas intactas, pasada la guerra, como en efecto así lo hizo, quedando muy agradecidos los hijos de San Ignacio.

El comandante accedió inmediatamente a la demanda, haciendo pasar al Colegio de los Jesuitas a los heridos.

Entre tanto las religiosas desplegaron una actividad pasmosa, preparando vendas, rompiendo ropas para hilas, aderezando camas, alistando un pequeño botiquín, etc. El hombre quedó asombrado de tanta actividad y gracia, y pasó con ellas a recibir a los heridos. En una hora llegaron a un centenar, y al día siguiente a quinientos.

Las principales damas de la ciudad vinieron a formar parte de la ambulancia y hospital, acompañando a las heroicas Madres de la Providencia.

Tanta virtud y tan sublime fortaleza hicieron honda impresión en el militar, quien acabó por convertirse y constituirse en bienhechor de la Comunidad, levantándoles después, a su costa, un gran colegio.

Tres meses de fuego se habían ya pasado. Las buenas monjitas no habían podido ni oír misa ni comulgar una vez,

cuando de improviso se presenta un caballero de continente amable, pero que mostraba estar de prisa. Se acerca a la Superiora, y le dice en voz baja: „No tengo más que cinco minutos; reúnanse lo más pronto posible en cualquier rincón de la casa; les quiero dar la comunión; traigo al Santísimo conmigo.

La madre conoció en seguida al Padre disfrazado; convocó inmediatamente a todas las religiosas; y esas almas puras, adornadas con la gracia santificante, sin necesidad de confesarse, recibieron con gran alegría el alimento de los ángeles, el pan de los fuertes, para seguir adelante en esa vida de sacrificio y caridad con los caídos en el campo de batalla.

Un día trajeron entre los heridos a un simpático oficial, en la flor de la vida, de elegante aspecto, pero abatido por el dolor y por no sé que pesares íntimos del alma. La Madre Honorina lo recibe con toda la cortesía y caridad; le hace las primeras curaciones, procurando al mismo tiempo aliviar sus penas. El oficial fija sus miradas atentamente en ella, se siente enternecido y la sigue con los ojos llorosos y melancólicos a donde va.

En unos momentos en que quedaron a solas, el oficial le coge reverente la mano, se la besa con ternura y le dice entre tímido y confiado, en buen francés: *Me co-*

noce, Madre?—No tengo ese honor, Señor oficial, le responde la Superiora—¡Ay Madre, no soy oficial; no me llame así; no soy más que una infeliz muchacha!— Sor Honorina queda estupefacta y atónita. ¡No recuerda, Madre querida, de su antigua alumna Josefa Fritz?—¡Pero eres tú, Josefa!...! Y tú, vestida de oficial y peleando contra el Papa?!— ¡Ay! Madre; las pasiones, la masonería, las malas amigas... Aquí le vino un golpe de sollozos y de lágrimas, que la ahogaban y no la dejaban continuar. Sor Honorina la coge entre sus brazos, la acaricia, la consuela, le da esperanza.

La pobre muchacha, seronada, continúa: Estando en el Colegio yo y dos compañeras más, recibíamos cartas de unas pésimas amigas, que con toda clase de engaños y promesas nos indujeron a entrar en la masonería!...

Esas cartas y papeles venían en las bolsas de ropa, en las chaquetas, en las manzanas, en los ovillos de hilo.... Y caímos en la tentación y nos fugamos del Colegio y de nuestras casas, nos cortamos el pelo, nos vestimos de soldados y nos lanzamos a la guerra contra el Papá! Nueva avenida de lágrimas y sollozos....

Calmadas un tanto sus lágrimas, le

dice a Sor Honorina: Madre! siento que me muero; por piedad un confesor.

—Sí, hija mía; lo tendrás.

En seguida va por un confesor, pero ¡ay! no se encuentra ningún sacerdote que sepa francés; no hay más que un italiano.

No importa, le dice Josefa; Ud. me servirá de intérprete; yo le digo mis pecados a Ud. y Ud. los traduce al confesor.

—Pero, hija; esto le va a ser a Ud. muy costoso y humillante; basta que se confiese en general con señas.

—No, Madre, quiero morir tranquila con una confesión perfecta. Ud. es mi Madre y me tendrá compasión y no se espantará de mis culpas.

En efecto, la joven hizo su confesión por medio de su amada intérprete con toda humildad y dolor inmenso. Recibió la absolución y luego los santos óleos; el Santo Viático no fué posible administrarle por no tener allí el Santísimo ni ser fácil traerlo de otra iglesia, por los horrores de la guerra.

Llena de paz y resignación después de la confesión le dijo a la Madre: Las siete Avemarías en honor de los siete dolores y gozos de San José, que Ud. nos inculcó con tanto celo, me han salvado: no he dejado de rezarlas un solo día, ni aún en el campo de batalla.

Ahora le voy a pedir dos cosas, Madre mía: que no me deje enterrar de oficial y que escriba una carta a mi madre, rogándola que me perdone el enorme escándalo que he dado y cuéntele mi arrepentimiento y confesión. También es mi deseo que, con el dinero que tengo de la herencia de mi padre, construyan una capilla en honor de mi bendito Padre San José que me ha salvado.

Pocos minutos después expiró la pobre niña dejando a la Madre Honorina admirada de la Providencia amorosa de Dios sobre sus escogidos y muy consolada por su muerte tan resignada y piadosa.

La voluntad de la difunta se cumplió con exactitud.

- 3) Sor Honorina en el Ecuador.
—El gobierno interior de la Casa —Terrible enfermedad.
—Curación maravillosa.

Sor Honorina tuvo que gustar las terribles amarguras de la guerra franco-prusiana, y sobre todo, de la ocupación sacrílega de Roma por Víctor Manuel, y llorar, como todos los hijos amantes de la Iglesia, el cautiverio del gran Papa

Pío IX, hasta que los designios del cielo la trajeron a nuestra Patria.

Aquí desplegó todas las actividades de su celo y puso en juego ese maravilloso surtido de talento y corazón de que Dios le había dotado para bien y adelantamiento de sus hijas y de los prójimos.

Gobernaba su Comunidad ganándose los corazones de las súbditas con su amor sincero, obsequioso, complaciente, cuanto lo permitía la Regla; consolando con ternura maternal a las afligidas; alentando a las abatidas, estimulando a las fervorosas y prodigando a todas los tesoros de su caridad. Lejos de ella esa acrimonia y exigencias inflexibles que retraen las voluntades y encogen las almas. Justicia y firmeza cuando lo pedía el deber, sí; pero bondad y suavidad para dirigir las almas a Dios.

Cuando más contenta y entusiasta estaba Sor Honorina con varias fundaciones que había hecho en diversas partes y con los ópinos frutos que rendían las variadas parcelas de su convento de Quito, y cuando más felices se sentían sus hijas y las hermanas, con una madre tan santa y tan activa, Dios Nuestro Señor la probó con la terrible enfermedad de las viruelas. Pero ella no se abatió; se ofreció como víctima a su Divino Esposo, para que librara del contagio tan

asolador en esos tiempos, a las niñas y a las Madres.

Mas la Comunidad y las huerfanitas no se resignaron a perder una Madre tan buena y tan admirable.

Empezaron en seguida una novena de horas santas con todo fervor, de 9 a 11 de la noche, acompañada de penitencias, mortificaciones y sacrificios. A pesar de todo, el cielo parecía no oír tanta oración ni aceptar tantos sacrificios. Los médicos habían predicho la muerte de la Madre para el día de la crisis; a media noche le dieron los últimos sacramentos. Se moría sin remedioll!

Pero no fué así; una media hora después de recibir el Santo Viático, se quedó tranquilamente dormida. Al despertar mira sonriente a las Madres que le asisten y les dice: No lloren, mis buenas Madres; Dios me prolonga todavía la vida. Santa Filomena y Santa Cecilia me han mostrado tres anillos que me faltan antes de ir al cielo...

Eran estos anillos las fundaciones de Ambato y Azogues como ella lo declaró, cuando hubo fundado las casas de estas ciudades, diciendo a sus Hijas: Ya tengo los dos anillos; me falta el último, que será el fin....

- 4) **Sor Honorina vuelve a Europa.**—Entrevista con S. S. León XIII.—Vuelta al Ecuador y amor práctico a esta bella tierra.—Preciosa muerte.

Restablecida completamente de su terrible enfermedad, hizo un viaje a Europa para dar cuenta minuciosa de la actuación de la Comunidad en nuestro Ecuador a los Superiores mayores de Champión. Superiores y súbditas escucharon embelesadas tan abundantes y maravillosas cosechas del agradecido suelo ecuatoriano, y algunas ansiaban formar parte de tan afortunadas sembradoras y segadoras, no consiguiendo tal dicha sino sólo dos.

Sor Honorina se presentó también ante el Papa León XIII en audiencia privada; le dió cuenta de todas las obras realizadas por la Comunidad en el Ecuador y le ofreció un roquete de encaje de aplicación de Bruselas, trabajado por la Madre Rosina y las huérfanas de Quito. El Santo Padre, enternecido con esta muestra de cariño de sus pobrecitas hijas de tan lejanas, pero muy caras tierras para él, ahí mismo, en ese instante se quitó el roquete que llevaba y se puso el nuevo, dando mil bendiciones al Ecuador, a las

Madres de la Providencia y a las huérfanas que lo habían trabajado.

De vuelta de Europa continuó la Madre Honorina con más amor y más ardiente celo sus labores en nuestro hermoso suelo, que, desde su primera llegada, consideró como su segunda patria, ufanándose de llamarse *belga ecuatoriana*. Por eso consideraba como propios los bienes y males del Ecuador, sus glorias y sus triunfos.

Cuando la consagración de la República al Sacratísimo Corazón de Jesús, no cabía en sí de gozo la buena Madre, poniendo en movimiento a toda la casa, para adornar espléndidamente la fachada. Hizo trabajar preciosos emblemas de pintura cristalizada en vidrio, para las ventanas del Colegio, cosa que resultó de un efecto sorprendente con las luces colocadas detrás. Interminables grupos de gente se quedaban a admirar esa belleza nunca vista en Quito, dando mil parabienes a las habilísimas religiosas.

La *belga ecuatoriana* parecía que no podía faltar en ninguno de los grandes acontecimientos de la Patria.

García Moreno llega a un arreglo definitivo del célebre Concordato con la Santa Sede, con grande júbilo de los buenos y rabia de los malos: pues los pergaminos del tratado debieron ser em-

pastados por las meritísimas hijas del Noviciado de la Providencia, en terciopelo lacre, con el escudo del Ecuador, bordado en oro. El Presidente y el Delegado de Su Santidad, Excmo. Sr. Seraffín Vannutelli iban con frecuencia a ver el trabajo; y quedaron sumamente satisfechos de obra tan primorosa, cuando quedó terminada. El Delegado la tomó en sus manos sumamente complacido, bendijo a la Comunidad y prometió que, al presentar al Santo Padre, ese documento tan precioso por su contenido y por su forma elegante, pediría una bendición especial para el Instituto.

Los Nuncios de Su Santidad, que después vinieron al Ecuador, todos mostraron su predilección por la Providencia, a causa de su buen espíritu, de su educación y formación completa de las niñas y de sus variadas y admirables obras de arte.

La Rda. Madre Honorina, después de haber participado de la honda pena del Ecuador por el incalificable asesinato del Presidente modelo y del envenenamiento del Obispo Angel y de todas las enormes desventuras que sobrevinieron a esta desgraciada Patria, murió con la muerte sosegada del justo, el 27 de Octubre de 1897, cargada de méritos, llorada inconsolablemente por las suyas y por las

personas de fuera que habían admirado su virtud, su celo ardoroso, su caridad y ternura con los pobres, en especial con sus queridas huerfanitas. El Señor recompensó a esta heroica religiosa con la muerte preciosa de los escogidos, y nosotros los ecuatorianos colocamos con amor y gratitud sobre su humilde tumba esta corona de santos e impercederos recuerdos.

CAPITULO V

Sor María Edmond Haulot

- 1) Jugando a la mariposa en un huerto delicioso de Bélgica. — Una pequeña Eva y una manzana. — La bruja maravillosa—La familia modelo de Bruselas.

Alegres y bulliciosas corren por entre las flores, riendo, cantando, gritando un grupo de inocentes niñas, blancas como la nieve, encendidas como la rosa, rubias

como el sol naciente. Entre todas sobresale por su alegría y viveza, por su travésura y entusiasmo una pequeñita de cinco años, a quien idolatran todas las demás y se desviven por complacerla. Ella lleva la voz cantante, y corriendo tras la mariposa de múltiples colores, repite el bello cantar de la infancia:

Jugando a la mariposa
En el florido vergel,
Pasamos la hermosa vida
De la inocente niñez;
Risueña como la aurora
De un bello día del mes de Abril,
Radiante como la estrella,
Que en el Oriente se ve lucir.

Corre, corre, corre por los prados,
Tras la mariposa voladora,
¡Oh! qué bonita y encantadora
Con sus alitas de oro y carmín.

.....

¡Oh! no te vayas de nuestro huerto,
Mariposita de leves alas;
Y, a los fulgores del sol que muere,
Ostenta airosa tus ricas galas.

Cansadas las niñas de corretear tras la mariposa y ábrasadas de sed, se pusieron a contemplar con apetito invencible los

dorados frutos que colgaban de los árboles. La pequeñita sobre todo, quería probar una rica y hermosa manzana, a todo trance. Pero las demás le dicen: No, Anita; papá ha prohibido terminantemente que toquemos la fruta. Yo no voy a desobedecer a papá; contesta la vivaracha; pon Leonia la silla aquí, y verás que no toco la manzana.

La picaruela se trepa en la silla, y le dice a su hermana: Ahora, Leonia, átame las manos. Leonia se las ata. Entonces Anita dice a todas sus compañeras. Ya veréis que no toco la manzana.

Y así con las manitas atadas, le da dos sabrosos mordiscos.

La pequeña Eva gustó de la fruta prohibida, pero sin incurrir en el enojo de su padre. Al contrario contemplaba el ardid de su benjamín desde el balcón con la sonrisa en los labios, la alegría en el semblante y la admiración en los ojos.

Después que las niñas entraron en la casa, baja el papá, coge la manzana mordida, reúne a todas sus hijas, y mostrándoles la manzana, les dice: Mirad, hijas mías, esta fruta singular, no se que pájaro la ha picoteado.—Anita salta al medio, y con aire triunfante, le contesta: Papá, tú mandaste que no toquemos a la fruta; yo no la he tocado....

—Bueno, bueno, picarueta; perdonado; acabe el pajarito de comerse la sabrosa manzana.

¿Quiénes son estas niñas tan bellas y tan bulliciosas, tan piadosas y tan educadas? Son las hijas de los señores Haulot, noble pareja de Bruselas, que tuvieron la suerte de dar varios ángeles, criados por ellos, a diversos Monasterios y Congregaciones religiosas. La traviesa y vivísima Anita es la futura Madre María Edmond, la gran Maestra de novicias de la Quinta del Noviciado en Alpahuasi, la que, sacrificando las grandezas de su familia, las riquezas de su casa, las ternuras de sus padres y de sus hermanos, vino a cultivar con cariño inmenso a la niñez femenina de nuestro Ecuador, sobre todo, de Quito.

Muchas veces de los niños más traviosos y bulliciosos, más distinguidos por su talento y posición social, resultan los religiosos más amables por su bondad, sencillez y humildad. Así fué la Rda. Madre María Edmond, tan amable siempre, tan sumisa a los superiores, tan consagrada a todos los quehaceres de la casa, tan sencilla y humilde, que no era posible reconocer en ella a la reinita idolatrada de la familia, a la bella flor de los jardines de Bruselas, a la traviesísima Anita, a la encantadora brujita y

hechicera, que adivinaba los secretos y robaba los corazones. En efecto, cuando desaparecía una llave, una cartera, un anillo de sus hermanos, ahí se presentaba *Anita*, la pequeña bruja, y con los ojitos cerrados iba en derechura al que tenía la llave, el anillo, la cartera. La pícaruela sacaba con toda habilidad y silencio la llave, la cartera.... del bolsillo de un hermano, y con el mismo sigilo y habilidad los soltaba en el bolsillo de otro, y venían entonces las adivinaciones seguras. Y todo lo hacía con tal gracia y encanto, que era el embeleso de los concurrentes, los cuales no acertaban a separarse de esa pequeña *hechicera*, quedando largas horas cautivados de sus *encantamientos*.

¿Y esta Anita, cubierta de tantas gracias naturales, adornada con tantos dones espirituales. el ídolo de su familia va a dejar el mundo que le espera con todos sus tesoros, con su lujo, con sus lisonjas y placeres y va a vestirse de luto, enterrarse en vida, en el sepulcro de una celda pobre y oscura, desconocida de todos y despreciada del mundo? ¡Oh! el amor de Cristo y de su Madre hace estas maravillas inconcebibles para el hombre mundano y ciego, que no ve más allá de los limitados horizontes de esta mezquina tierra!

2) El sacrificio.—El holocausto.
Sola sin su estrella.

En el parlatorio de Champión se encuentra una señora de noble porte, radiante de alegría, bañada en dulces lágrimas. A su lado el digno caballero, su esposo, parece participar de las divinas emociones de su señora; pero al mismo tiempo lucha con encontrados sentimientos de su corazón. Frente a ellos está sentada una monjita de unos 16 años, bella como un ángel, respirando gloria por todo su semblante.

—¿Te sientes feliz, hija mía? pregunta la señora.

—¡Oh! mamá, no hay en el mundo quien me iguale en felicidad.

—¿Estás contenta en esta casa?

—Es mi cielo.

—¿Te quedarás para siempre aquí, hija mía?

—Hasta la muerte.

—¿Hasta la muerte, hija mía?! Interrumpe el papá.

¿Y no te veré ya más en mi casa?

—Me verá Ud. aquí y en el cielo.

—¡Oh hija de mi amor! —continúa la madre—, ¡bendita seas! ¡Cuánto más bella y amable me pareces con este hábito negro y esta toca blanca que con todas

las sedas, encajes y perlas y diamantes que te esperaban en el mundo.... María nuestra Madre te cubra con su manto, y nuestro buen Dios te esconda en su Corazón.

¡Dios mío —exclama el papá— dadme valor! ¡La quiero tanto! En ella tenía todos mis ensueños. Había de ser la alegría y grandeza de mi casa.... ¡Benedito seas! Vos la habéis escogido.... vuestra sea para siempre.

Mientras así hablaban los padres, los hermanos de la monjita lloraban el bello porvenir de Anita desvanecido. ¡Separarse para siempre de la que había sido el hechizo de la casa, el lenitivo en los pesares, y el iris de paz en las tormentas! Pero, como buenos cristianos, acabaron por resignar generosos, en las manos de Dios, ese tesoro...

La angelical Anita Haulot, la bella, la traviesa, la inteligente Anita había llegado ya a los 16 años con todas las gracias y encantos de la edad y con todos los atavíos del espíritu: piedad, virtud, literatura, ciencias, economía, música, canto, dibujo, bordado.... su gran título de normalista.... ¿que más se podía desear?

El mundo deseaba que no se fuese de su seno, que viviese deslumbrándole con sus gracias y atractivos. Pero ella se despojó de todo e hizo el sacrificio de

su persona y de sus bienes, pronunciando en las gradas del altar del Augusto Sacramento, con ánimo resuelto y voz firme la oblación de los tres votos, de pobreza, castidad y obediencia. El sacrificio estaba consumado.

Pero Jesús le iba a pedir muy pronto otro sacrificio más completo.

Ahora vivía en su hermosa Patria, cerca de su familia, rodeada de alumnas de la misma lengua, de las mismas costumbres y de igual carácter, haciendo un bien inmenso en esas almas tan bien dispuestas.

Cuando más santamente ilusionada estaba con el éxito maravilloso de su enseñanza y educación en el Colegio de Hervé, en la provincia de Lieja, oye una voz que le dice: Deja tu patria y tu familia y tu casa; abandona tus triunfos y laureles y anda a desplegar tu celo en las lejanas tierras del Ecuador.

Aquí estoy Señor, contesta con la resolución de siempre, propia de su gran corazón y de su alma inflamada en amor de Dios y de las almas; mandad, Señor, a donde sea vuestra santísima voluntad.

Los superiores complacidos de tan pronta y heroica obediencia, la obligan a despedirse de sus padres y su familia. ¡Pobre Anital vuelve a la mansión de los dorados y sobre manera encantadores años de su niñez; vuelve a recibir con más efu-

sión el cariño y ternuras de sus padres y hermanos, para que el holocausto sea más penoso. Al darle todos los suyos el último adiós, sienten que se los destroza el corazón; y los hermanos, en un momento de angustia suprema, reclaman de sus padres el permiso de ir a Champión para suplicar a los superiores que cambien el destino de su idolatrada hermana a cualquier otra parte de Europa, donde les sería fácil ir a visitarla. Pero con la distancia de dos océanos, de inmensos abismos y montañas!!... Lloraban los pobres muchachos.

Empero su madre, esa mujer fuerte, con la fe y corazón de Abraham, ahogando el llanto y los profundos sentimientos de su alma, exclama con voz enérgica: ¡Oh! no, no permitiré tal. Yo di con entera voluntad mi benjamín, la pupila de mis ojos a nuestro buen Dios; El es el dueño, El solo puede disponer de ella donde quiera y como quiera. Andad y decid a la Madre General de la Providencia que su voluntad es la mía.... En seguida le echa los brazos al cuello. la baña con sus lágrimas, le trasfunde su valor heroico, la bendice.... y madre e hija se separan para siempre, hasta el cielo..... pero quedan unidas en el Corazón de Jesús.

Los hermanos tuvieron que prolongar su agonía acompañándola, mudos de tristeza,

hasta Champión, donde fue el último y desgarrador adiós!

- 3) La Rvda. Madre María Edmond en el Ecuador—Almas gemelas....complementarias y suplementarias—Mutuas alegrías—Soledad profunda....

El 9 de Octubre de 1871 en el puerto de S Nazaire, tuvo lugar la escena divina de la despedida de la Rvda. Madre María Edmond con sus seis compañeras bajo la dirección de Sor Honorina, del Continente Europeo. ¡Adios, padres queridos y amada familia ¡Adios, hermosa patria! Adios, campos floridos y risueñas colinas! ¡Adios, grandiosas catedrales y templos majestuosos! ¡Adios, dorados ensueños y místicas ilusiones! ¡Bellos corazones, almas sublimes, raza heroica y legendaria, adios! ¡Bélgica idolatrada, adios!.....Zarpó el barco, cayeron las últimas lágrimas..... alzaron los ojos al cielo.....divisaron a Jesús y María, complacidos y sonrientes por el sacrificio....volvió la calma a los corazones, y bogaron tranquilas entre fervientes plegarias y sentidos cantares....

Ya está en el Ecuador, en Quito, ocupada en todo lo que el buen espíritu y

actividad de una hija de la Providencia y de la Inmaculada Concepción alcanza. Se multiplica esa alma generosa en todas partes: en las clases, en los obradores, en la secretaría, en la inspección, en el noviciado, en los parlitorios, donde quiera que pudiera difundir algo de luz ó hacer algún bien, ahí estaba *Sor María Edmond*, sin dejar de ser el brazo derecho, la consejera y consuelo de la Rvda. Madre Superiora, cuya asistenta fue por espacio de 20 años. ¡Y con qué buena gracia y amor a la observancia religioso lo hacía todo! Por eso la querían y respetaban todas: religiosas, empleadas, huérfanas, pensionistas y las madres de las niñas.

Todos sus trabajos y fatigas, todas sus penas y zozobras le eran llevaderas y aún dulces, al lado de su Madre Honorina, con quien no parecía formar más que un corazón. Al ver a estas benditas Madres, espontáneamente venían a la mente las palabras del Salmista: ¡Qué cosa tan buena y deliciosa es morar las hermanas en unión de voluntades! Eran dos almas gemelas, que la una a la otra se sostenían, se suplían, se completaban.

Por eso cuando la Superiora cayó con aquella enfermedad tan espantosa de las viruelas, *Sor María Edmond* estaba a su lado como un ángel de servicio, amor y caridad, prodigándole en sus cuidados y ternu-

ras. Y cuando, por el prodigio, que sabemos, fue arrancada de las fauces de la muerte, la Madre María tuvo la delicadeza de comprarle un coche y hacer empedrar la subida que lleva de la Inmaculada a la Quinta del Noviciado, para llevarla allá a la larga convalecencia que necesitaba: cosa que impresionó honda y gratísimamente al noble corazón de *Sor Honorina*.

Otro rasgo de amor íntimo fraterno, de caridad divina diremos, fue la celebración de las bodas de oro de la vida religiosa de la Madre Honorina.

Un año empleó la buena Madre María Edmond en los preparativos para la gran fiesta.

¡Cosa ostupenda tendría que ser fiesta tan largamente preparada!.....

Llegó el suspirado día. Misa celebrada por el Ilmo. Señor Arzobispo José Ignacio Ordóñez, seguida del *Te Deum* solemne. Felicitación íntima de toda la Comunidad. Discursos, poesías, diálogos, cantos, piezas de piano, de lo más selecto y emocionante. Visitas, felicitaciones, regalos de los antiguas alumnas y madres de familia. Ternísimas cartas de la Casa Madre, cariños de bordantes de su familia. Todo esto es muy tierno, muy bello, muy sublime; pero el número cumbre que enterneció hasta la última fibra de su amoroso y compasivo corazón y que lo hizo derramar

dulcísimas lágrimas y fijar sus miradas enternecidas en el cielo, fué la presencia de sus ciento once huerfanitas, graciosamente vestidas con un lindo uniforme, bien colzadas, y toda su ropita nueva, con sus ramitos de flores, aclamándola como a su queridísima *mamá*.....

¡Oh qué cosa tan bella y tan enternecedora!

La Madre María Edmond sabía dar estos toques y sorpresas divinas.... La Madre Honorina no cabía de gozo en sí y miraba con ternura y gratitud inefable a su querida hija Sor María Edmond y estrechaba con cariño maternal a sus amadas huerfanitas.

4) Se apagó su estrella—Jesús siempre con nosotros — La Maestra de novicias y la Madre Manuelita Freile Larrea.

Pero ¡ay! no hay dicha permanente en este mundo. Los luceros demás risueños horóscopus se apagan; los días mas serenos se anublan, los amores más puros e inocentes desaparecen.

Murió Sor Honorina con la dulce muerte de las vírgenes consagradas a Jesús, y se apagó para la Madre María Edmond la estrella más esplendorosa y benéfica

que disipaba las sombras de su noche oscura, y quedó triste, sola y zozobranada a merced de la terrible borrasca que se desencadenó en el 95 y que arreció en los años siguientes.

Las comunidades religiosas estaban amenazadas de expulsión, los colegios en peligro de ser clausurados, la comunicación con la Casa Madre de Champión interrumpida, todo el horizonte sombrío y cargado de electricidad. ¿Qué hacer? Si todo le faltaba, tenía

«Al buen Jesús, amigo de la vida,
que no nos abandona, no, jamás,
si fue nuestra alma de su amor herida,
aunque nos abandonen los demás».

Y podía repetir a su amada Madre Honorina:

«Tu me enseñaste que el mejor amigo
Es nuestro buen Jesús en el altar,
Y para siempre quedará conmigo,
Ya me vea reír o sollozar»

Por eso su consuelo y fervorosas plegarias eran al pie del Sagrario; y del Sagrario recibía la luz y el esfuerzo que le faltaban en la tierra. De ahí sacaba esa grandeza de alma que la hacía abrazar su cruz y soledad con más fervor que antes.

Varias veces su familia de Bélgica le mandó dinero juntamente con el permiso de los Superiores de Champión para que pudiera volver a la tranquilidad de su amada Patria y parenteja. Pero ella respondió con noble altivez: No; no quiero ser mezquina con mi Dios; para siempre sacrificué el amor a mi patria y mi familia, por el bien de este amado pueblo ecuatoriano; hasta la muerte me quedaré aquí, y tierra ecuatoriana cubrirá mi cadáver, y sobre mi tumba resonarán plegarias de corazones ecuatorianos!!

Y así fué. No se pudieron ejecutar los intentos de los enemigos de la Iglesia, ni tuvieron efecto las generosas ofertas de las casas de Bélgica para recibir en cada una de ellas a tres religiosas ecuatorianas con todo regalo y cariño. Dios aceptó esta generosidad belga, pero no permitió la expulsión de las religiosas del Ecuador.

Si Sor María Edmond perdió a la que era como su madre y estrella, le quedaron sus hijas, que la querían con delirio. Diez años fue maestra de novicias, en los que formó esas largas generaciones de religiosas providentinas ecuatorianas, que, emulando sus virtudes y habilidades, fueron su gloria y su corona.

Sus primeras novicias fueron la Rvda. Madre Claver, actual Superiora de la Quinta del Noviciado, y la Rvda. Madre Ma-

nuelita Froile Larrea, que, después de celebrar sus bodas de diamante, acaba de emprender su vuelo al cielo.

Esta ejemplar religiosa tiene su panegírico compendiado en estas pocas palabras: Por espacio de 56 años (11) desempeñó el oficio de cocinera, en el Colegio de la Providencia, con una constancia, arte, pulcritud y orden maravillosos. Así nos figuramos a la Viegen Santísima tan amable, tan pulcra, tan metódica, preparando y sirviendo la comida al Niño Jesús y a San José.

Temporadas hubo, en que tenía que preparar el alimento para cerca de 300 personas. En este ministerio humilde y escondido se santificó esta ejemplar religiosa, digna hija de la Madre María Edmond; y ahora acaba de morir dulcemente, a los 84 años de edad. con las gracias pedidas en sus continuas plegarias a la Santísima Trinidad: de no molestar a nadie en su última enfermedad y de verse libre de toda perturbación a la hora de la muerte.

5) **Ultimos días de Sor María Edmond — Circunstancias providenciales— Grandioso y sentido sepelio.**

El perpetuo vencimiento propio, el dominio incesante de sus afectos y sentimientos, las continuas fatigas de su vida de enseñanza y educación junto con las pruebas de Dios y penalidades interiores le causaron una afección penosa al corazón y la pusieron al borde del sepulcro.

Los médicos, deseosos de prolongar esa vida tan preciosa y humanitaria, le ordenaron que descansara de tanto trabajo y se retirara a la Quinta del Noviciado para respirar el aire puro del bosque y gozar de paz y reposo.

Las Hermanas, obedeciendo las órdenes del médico, condujeron en coche a Sor María Edmond a la mencionada Quinta.

Salió la Comunidad del Noviciado muy gozosa a recibir a su Madre idolatrada. Pero súbitamente se trocó su alegría en honda tristeza, y apenas pronunciaban una que otra palabra misteriosa.

La sacudida del coche le había ocasionado a la enferma una crisis que la puso en trance de muerte. Llamaron a toda prisa al facultativo, el cual declara que el mal no tiene remedio.

Esto sucedía el jueves, 14 de Julio de

1898. A las once de la noche llaman al Rvdo. Padre Stapers, quien acude con toda buena voluntad y devoción a asistir a la virtuosísima religiosa. Al día siguiente le reemplaza al P. Stapers el Dr. Tomás Vergara.

El sábado 16 de Julio, día de la Virgen del Carmen, a las cuatro de la mañana, le administraron los últimos sacramentos. La Comunidad de Quito, queriendo acompañar a su amada Madre y venerada Superiora, en esos solemnes momentos, salió muy de madrugada, con faroles, de la ciudad y tuvo la dicha de asistir a la emocionante ceremonia, acompañando con ceras al Santísimo. Al mismo tiempo llegaba también la superiora de Ambato, Rvda. M. Eudoxia.

No se hartaban las presentes de contemplar ese rostro tan apacible y tan lleno de piedad de la querida moribunda. Una de ellas se atrevió a preguntarla qué cosa le causaba tanta paz y alegría en esa hora suprema. Ella contestó con toda sencillez: «El haber hecho el pequeño sacrificio de no volver a Europa me da esta tranquilidad. Dios por esta pequeñez me llena de consuelo en estos momentos».

El domingo 17 de Julio, a las 8 de la mañana, exhaló dulcemente su alma pura en el Corazón de Jesús, teniendo el consuelo inefable de sostenerla en sus brazos

durante la agonía y muerte, su hija predilecta, su primera novicia, la Rvda. Madre María Claver, actual Superiora del Noviciado.

Como un relámpago se difundió la triste noticia por toda la ciudad. Inmediatamente corrieron a la Quinta las RR. Madres de Quito con las niñas pensionistas y con las huerfanitas, tan mimadas de la difunta. Lo mismo hicieron las señoras y señoritas de la alta sociedad y tantas otras personas que habían participado de los favores y dones espirituales de la prominente religiosa.

El Dr. Alvarez, cura de Ambato, que casualmente se encontraba en Quito, celebró la misa exequial de cuerpo presente. Terminada la cual, dándose cuenta del inmenso pesar que embargaba todos los corazones, les dirigió unas sentidas palabras de condolencia, despertando al mismo tiempo la esperanza y el consuelo, por tener a su querida Madre Edmond en el cielo, rogando por ellas junto al trono de Jesús y María.

Acto continuo llevaron el ataúd a la carroza mortuoria entre los sollozos y copiosas lágrimas de todos. Las pensionistas y huerfanitas acompañaban el féretro con azucenas en las manos, y todos se dirigieron a la Capilla del Colegio. Ahí la velaron, alternándose toda la noche, las

Madres y las niñas. Al día siguiente se celebraron las exequias solemnes con asistencia del Ilmo. Señor Arzobispo de Quito, Dr. Pedro R. González Calisto y con el majestuoso coro de los RR. Padres Agustinos y del célebre cantor señor Trueba.

El venerando cadáver fué trasladado al cementerio de San Diego con un acompañamiento cual, raras veces se ve: ahí iban todas las matronas de Quito y las antiguas alumnas de la Providencia.

Los restos mortales de esta veneranda religiosa descansan en esta tierra, por cuyo amor sacrificó su patria y su familia, su egrandeza y su dorado porvenir del mundo, sperando la recompensa del cielo para el día de la resurrección.

Nosotros los ecuatorianos, cubrimos llenos de agradecimiento. su bendita tumba de flores inmortales y entonamos cánticos de alabanza al Señor que nos dió esta joya preciosa para enseñanza y ejemplo de nuestra sociedad.

CAPITULO VI

La Madre Marie Claire

Llorando está la monjita-Ma-
ravillosa visión-Guantería e-
cuatoriana—Gracias campes-
sinas—¡Benditas manos!

Llena de mortal tristeza y profunda amargura está llorando a mares la pobre monjita delante de Jesús Sacramentado, y pide con ansias luz y consuelo para tanta oscuridad y tantos trabajos como tiene dentro y fuera de su Comunidad. ¡Jesús mío, le dice, dame un rayo de luz, dame algún alivio; estoy abrumada con estas cruces; yo no sirvo para superiora; los gobernantes nos hostilizan; en la Comunidad tenemos tantos trabajos y contradicciones!.....

¡Piedad, dulcísimo Jesús, piedad! ¡Sálvanos, que perecemos!

Así oraba allá, en Bélgica, en un establecimiento de guantes, la Madre **MARIE CLAIRE**, conocida entre nosotros con el cariñoso nombre de la **MADRE CLARITA**.

Nombrada superiora de dicha casa, en plena juventud, y en circunstancias políticas y domésticas las más críticas, se sentía desfallecer, y por eso oraba a Je-

sús en el Sagrario con tantas lágrimas.

El buen Jesús, para consolarla, se le aparece con su Corazón abierto, la alienta con divina bondad y luego la hace ver un mar tempestuoso y, más allá, en remota lontananza, un camino sembrado de cruces y bordeado ya de escarpadas y gigantescas montañas, ya de horriblos precipicios.

Atónita contemplaba la Madre María Clara esta misteriosa visión, cuando oye la voz del Divino Corazón, que le dice: «Todo esto te espera», y desapareció Jesús.

Pronto se descifró el enigma. Pues, por una parte, los superiores habían puesto los ojos en ella para la primera expedición al Ecuador, y por otra parte, ella misma se ofrecía generosamente para esta grande empresa de la salvación de la niñez.

No cabía en sí de gozar al verse descargada del Superiorato; prefería cualquier sacrificio y ser la última de las súbditas antes que mandar en cualquiera Comunidad por pequeña que fuese.

Llegada a nuestra Patria con las 7 compañeras de que hemos hablado en la primera expedición de las Madres de la Providencia, fue destinada al ramo que exprofeso había aprendido en Bélgica, la guantería. Con un grupo de las habili

simas huerfanitas organizó maravillosamente su taller.

Mandaba a traer de Europa las pieles y con maquinitas de coser, construídas aquí en Quito, bajo su dirección, se tuvo muy pronto un variado y admirable surtido de guantes, cuya venta diaria ayudaba a la subsistencia de la casa.

Pero este era puesto demasiado visible para esta alma tan humilde y amante del escondimiento, como era la Madre Clarita. El mismo García Moreno y el Excmo. Sr. Arzobispo admiraban y ponderaban sus artísticas obras.

Así pues, apenas supo que se había comprado la Quinta de Alpahuasi, se ofreció ¡absolutamente y sin reserva para ser una humilde labradora en compañía de los sencillos indios que trabajaban en esas incultas laderas.

Era de verla, con su barra y pala en la mano, desmontando el terreno y barbechándolo, entre soles abrasadores o lluvias continuas, no por un día ni una semana, sino por años enteros y lidiando con toda paciencia y caridad con los rudos naturales. En medio de esas múltiples molestias y fatigas vivía siempre alegre, y repetía cantando el estribillo de San Agustín: «Cortad, Señor, sajad y quemad: no perdonéis aquí, para que perdonéis en la eternidad».

Pero todos esos sacrificios eran nada en comparación de otro más penoso que le fué preciso ofrecer a Nuestro Señor.

Toda la semana, tenía que pasarse en el campo en compañía de sólo una novicia ecuatoriana, Sor Manuela, sin misa, sin comunión, sin una visita a Jesús Sacramentado. Sólo los domingos y fiestas bajaban a la ciudad para asistir a la misa, confortar sus almas con el pan celestial y pasar un día de descanso y alegría con sus queridas Hermanas. Al día siguiente volvían las graciosas campesinas alegres y fervorosas, a sus cotidianas faenas de labranza.

Quien ha leído los apuntes espirituales de Sor María Clara no tiene por qué admirarse de su alegría y constancia en esos humildes y penosos trabajos. Cada día, dice, moriré a mí misma por la mortificación interior, a fin de hacer mi purgatorio en esta vida.—Seré sorda, ciega y muda a todo lo de esta tierra.—Estaré siempre dispuesta a confesarme y comulgar y a ir a donde me mande la santa Obediencia.

Estas resoluciones no quedaron solo en el papel. Su vida era visiblemente de continua mortificación, de paciencia y humildad profunda, pues realmente se hizo como sorda, ciega y muda para no ver ni oír

ni hablar nada que pudiera herir la caridad o la humildad.

Al cabo de algunos años se les dió a las *graciosas campesinas* un cuartito que les sirviera de capilla y donde pudieran tener reservado al dulce compañero de la vida, Jesús-Sacramentado.

Llegó por fin la hora del premio. Acabada por la hidropesía fue llevada a Quito. El día del Viático, pidió le prepararan una mesita con flores. Se reconcilió con ese fervor y devoción con que vivía siempre dispuesta para la confesión y comunión. Se quedó como un serafín en presencia de la Hostia Santa y recibió encendida en amor, a su amado Esposo, quien la llevó a su reino, engalanada con todas las virtudes.



Vamos recorriendo una por una las breves y sencillas monografías de las fundadoras de la Providencia en el Ecuador, y

en cada una de ellas encontraremos un tesoro inapreciable de virtud y amor, que se puede sintetizar en esta sola palabra: MADRE. Madres por la dignidad y majestad que en todas ellas se observa; Madres por la ternura con que tratan a las huérfanitas y a las demás niñas; Madres por los desvelos y sacrificios que se imponen para su formación; Madres, sobre todo, porque reproducen en esas dichas criaturas su espíritu de piedad, de temor y amor a Dios.

* * *

La rosa

Ahí se vé a la angelical Madre Rosina junto a las huérfanitas, de día y de noche. Les enseña en la clase, les sirve en el comedor, las cura y asiste en sus enfermedades, las consuela en sus aflicciones, enjuga sus lágrimas con su mano, va de cama en cama por la noche, volando por ellas, como un ángel tutelar. A las más pequeñitas las asea, las peinaba, les lava la ropita, las tiene siempre flamantes, como hijitas mimadas. A las de mal carácter las aguanta con paciencia inalterable, las reprende con amor y tino.

Con este proceder tan admirable se cautivó para siempre el corazón de sus amadas huérfanas; y tan cautivadas quedaron esas buenas niñas que no la olvidaron jamás, y las que aún sobreviven, la recuerdan con cariño inmenso. Así son las verdaderas Madres: santas, cariñosas, prudentes, abnegadas, retrato de Jesús y María.

De la Madre Rosina decían, ya desde Champión, sus Superiores y Hermanas:

«Esta Madre vive, como una santa, edificando a todos por su sencillez y candor, por su respeto y amor a los Superiores, por la amabilidad con sus Hermanas y por su risueña igualdad en todo.

El último año tuvo que pasar por la terrible cruz y sumamente sensible para su delicadeza, de la amputación de los senos, para salvar su vida.

Señalada con la cruz de Cristo y cargada de méritos por su angelical inocencia, profunda humildad y abnegada caridad, fue recibida por su Esposo Divino en el cielo,

* * *

La margarita

¿Quién es esa pobre religiosa que anda arrastrando hacia la cocina una enor-

me carga de ramas de eucalipto, apacible, sonriente y silenciosa? ¡Y qué facciones tan aristocráticas tiene! Y sin embargo anda en las faenas más humildes y penosas de la casa: en la cocina, en el fregadero, en la lavandería, en el huertecillo. Siempre pobrísimo vestida, con un delantal de mil remiendos, mal alimentada con las sobras de la comunidad; no quiere jamás usar ropa nueva, se complace en todo con lo peor y más penoso de la casa....

¿Es alguna mendiga que ha entrado de caridad en la Congregación?

Vamos unos momentos a la cocina de Champión, y ahí sabremos quién es esta monjita misteriosa. Ahí la encontraremos vestida de seda, de terciopelo y finísimos encajes: va dejando pedazos de estas ricas vestiduras en la plancha y en las parrillas, que friega con todo empeño, como si esa fuera su profesión. Está todavía de pretendiente para religiosa de la Providencia.

Es una señorita de la alta nobleza de Bélgica, cuya familia ostenta un glorioso título feudal.

Se ha presentado en la portería con lujosísimos vestidos, cuajados de pedrería, llevando brillantes hasta en las hobillas de los zapatos.

Los superiores, conociendo que, dentro de ese aparato de grandeza, se encontraba una alma nacida para Dios, la admitieron complacidos a la Comunidad y la mandaron a la cocina a fregar las pailas y demás utensilios. Todo lo hacía con tanto fervor y entusiasmo que ni reparaba en las rasgaduras de sus vestidos y en los retazos que iba dejando acá y allá.

Admitida al Noviciado y a la Profesión religiosa, se entregó tan de lleno a la pobreza y humildad que todos creían ver resucitado en ella el espíritu de los primeros fundadores de la Comunidad. Cuanto más grande había sido en el mundo, tanto más pequeña se hacía en la religión. De ahí esa complacencia en todo lo pobre y desecho de la casa, hasta no tomar, en ocasiones, más desayuno que el agua de las tazas lavadas.

Esta religiosa tan admirable por su total desprendimiento de los bienes de la tierra, por su profunda humildad, por su caridad heroica con sus Hermanas y con las huérfanas es la Madre Margarita, verdadera margarita preciosa, digna de ser engastada en la corona del Soberano Rey de cielos y tierra.

Vino al Ecuador, siendo novicia todavía y estando en todo el esplendor de la juventud. Aquí, en la casa de Quito,

hizo su profesión y dió esos raros ejemplos de virtud que hemos esbozado.

Más tarde fue de compañera de la célebre Madre Eudoxia, a la fundación de Latacunga.

Pronto entró la peste de las viruelas en el recién abierto plantel y cayeron también las dos Madres con el terrible contagio, sin tener quien las asistiese. El R. P. Zoina de la ilustre Orden de Santo Domingo habiendo notado la falta de las dos religiosas en la iglesia, subió apresurado al convento y encontró a las dos en estado de suma gravedad, con una fiebre altísima. Mandó a llamar a toda prisa al médico; el médico declaró desahuciadas a las enfermas y mandó que se les administraran los últimos sacramentos. La ansiedad por el desenlace fue espantosa.....

Entre tanto el Padre comunicó a Quito la lamentable situación de la casa de Latacunga; pero las cartas no llegaban. El estado de sitio y el alboroto de Quito por el bárbaro asesinato de García Moreno estorbaba toda comunicación. Al fin por medio de un propio pudo entorar a las Superiores de Quito de la postración en que se hallaban las Madres y del flagelo que había sobrevenido a la reciente fundación de la Providencia en la Capital de León.

Las Superiores envían inmediatamente

a la Madre enfermera con una huérfana inteligente para que asistan a las enfermas. Tales cuidados les prodigaron las enviadas y con tanta fe rogaron que pronto volvieron a perfecta salud las moribundas, para seguir adelante en las gloriosas empresas del servicio de Dios y de la alvación de las almas.

Los últimos días de su preciosa vida fue a pasarlos la Madre Margarita en Azogues con las incomodidades y sufrimientos de las nuevas fundaciones, pero siempre tan observante, tan humilde, tan servicial y caritativa y tan avara del tiempo, hasta que le llegó el dulce momento de entregar plácidamente su espíritu en los brazos del Señor.

CAPITULO VIII

La R. M. Antonina y la Madre Lutgarda

García Moreno, el grande, el incomparable gobernante, que lo mismo atendía a los trascendentales negocios de la Nación que a las querellas de las hu-

mildes viudas; que así trataba con los diplomáticos los asuntos internacionales como se entretenía con las pequeñeces de las huerfanitas, fue un día obsequiado con un canastito de flores por la Madre florista y por sus humildes asiladas. El político sagaz, el hombre avisado a quien nadie podía engañar, coge el canastillo, admira la belleza y matices de las flores, aspira sus exquisitos y variados perfumes y agradece con la cortesía y gracia, que le caracterizaban, a la buena religiosa y a las huerfanitas el pequeño pero precioso regalo para él. Manda llevar a la casa el manojito de flores. Al cabo de poco tiempo ve con sorpresa que, habiéndose marchitado una buena parte de las flores, se quedaban otras tan frescas y lozanas como el primer día. Examina detenidamente el fenómeno, y observa lleno de admiración, que esas rosas, lirios y pensamientos tan lozanos son flores artificiales, maravillosamente fabricadas al natural, con sus perfumes y matices característicos, por la habilísima florista de la Providencia, Reverenda Madre Antonia y por sus huerfanitas. Los grandes hombres que no caen en los lazos más disimulados de los más astutos políticos, quedan cogidos en las delicadas redes de angélicas criaturas!!

La Madre Antonia fué la primera que juntamente con el arte de las flores, enseñó el bordado de seda, de oro y blanco, sacando aventajadísimas discípulas, que con esto han tenido un seguro porvenir.

Los días de fiesta se pasaba largos ratos junto al Sagrario, repitiendo: «Dios mío, estás solo, vengo a acompañarte».

Y como, además de ser maestra de flores, costura y bordado, era capillera, tenía su dicha en el adorno del altar y en el solícito cuidado de la capilla.

En el 95, temerosa de las desventuras que se presagiaban para las Comunidades religiosas, y queriendo prevenir una expulsión violenta, pidió volver a Bélgica, a la avanzada edad de 80 años.

En el mar de las Antillas, cayó gravemente enferma. Cuando querían sacarla del camarote, decía: «Si Jesús me busca, que venga al camarote; nada me turba». Al llegar a la Martinica, expiró tranquilamente. Salieron a recibir el bendito cadáver las religiosas Dominicas con su comunidad de huérfanas. Cuatro sacerdotes extranjeros llevaron en hombros el ataúd.

En la capilla de dicha Comunidad Dominicana le celebraron las exequias de de cuerpo presente, y en seguida la sepultaron en el cementerio de las religiosas. Los Superiores de Champión, tan

luego como supieron esta obra de tanta caridad para con uua de sus mejores hijas, les escribieron una carta muy enternecida de agradecimiento y de recíproca amistad en Cristo.

* * *

La Madre Lutgarda

La vida de esta edificantísima religiosa alemana se resume en estas tres palabras: oración, trabajo, abnegación.

Abrumada de múltiples y penosos trabajos, nunca lanzó una queja ni menos una murmuración. Enfermera, panadera, barrrendera, lavandera, concinera, para todo se alcanzaba, a todos atendía, y siempre con igualdad de alma. Es que esa noble alma estaba templada en el fuego del amor de Dios y vivía del espíritu de oración, en continua comunicación con su Divina Majestad. Mientras más divina es el alma, más fuerte es para todo y se siente con cierta omnipotencia para realizar maravillas, conforme al dicho de la Escritura de que el varón obediente cantará victorias saliendo airoso de todas las empresas que le encomienda la santa obediencia.

Treinta años pasó en Quito con esta vida de abnegación y comunicación con Dios,

hasta que el mismo Dios por medio de los superiores le pidió el sacrificio de dejar su querida casa de la Providencia de la Capital y trasladarse a Guayaquil. En todas partes encuentran a Dios estas almas que no buscan su gusto y comodidades, sino el beneplácito del Señor y el bien del prójimo. Así se fue contenta y tranquila a su nueva morada a continuar su vida de amor a Dios y de servicio a sus queridas Hermanas y esposas de Cristo.

Una de sus devociones favoritas era la de las almas del Purgatorio, por cuyo medio conseguía todo lo que pedía.

En premio de esta devoción el Señor le concedió la gracia de 200 misas, que una religiosa, agradecida por la bondad y abnegación con que la había asistido en su enfermedad, le dejó en su testamento.

Por fin, en Guayaquil, le llegó la hora de dejar este destierro y pasar a la Patria del eterno descanso y felicidad.



SEGUNDA PARTE

Hemos dado a conocer en la primera parte de estas nuestras modestas "Pinceladas", siquiera a grandes rasgos, algo de la grandeza moral, intelectual y artística de las admirables religiosas belgas, que en el 1871 vinieron a nuestra Patria, para formar en la virtud, ciencia, arte y quehaceres domésticos a las venturosas huerfanitas de Imbabura. Ahora vamos a *diseñar* las grandes y cautivadoras figuras de las que en el 1873 vinieron para el Pensionado de las niñas de las clases acomodadas; pues estas buenas Madres, aunque por su instituto, se consagran principalmente a los encarcelados y a las clases pobres, sin embargo, dada la formación completa que reciben en sus estudiantados y escuelas normales, poseen la competencia, en grado excelente, para cualquiera asignatura y ramo, en cualquier establecimiento de primera o segunda enseñanza.

Precisamente porque la Sociedad de Quito, empezando desde los más altos magistrados, se dió perfecta cuenta de esta competencia, admirables dotes pedagógicas, y trato fino de las RR. Madres de la Providencia, se empeñó tenazmente en ponerlas al frente del Internado y Externado de la niñez escogida.

Cuán bien se hayan desempeñado en esta labor lo están pregonando con grandes elogios la multitud de honorabilísimas matronas que se glorían de haber sido formadas en los Colegios de la Providencia.



**Rda. M. Eudoxia Provinciala de
la Providencia en Sud América
1909 -1923**

CAPITULO I

La Monja reina

§ 1.—Las ilusiones de una madre.— Lágrimas misteriosas.

¿Qué niña hay que a los 20 años no tenga en su fantasía un mundo de bellas ilusiones y no sienta en su corazón los atractivos de la vida y las aspiraciones de un porvenir lleno de amor y felicidad? Y si esa niña es de alta posición social, de carrera brillante, de talento despejado, de vasta ilustración, de corazón magnánimo ¿a qué no puede aspirar en el mundo?

En estas condiciones se encontraba la señorita María Baudart, en la pintoresca e histórica ciudad de Tournay tan celebrada por sus alfombras y tapices y otras múltiples industrias, no menos que por sus monumentos religiosos y civiles.

Muchas veces la señora de Baudart se ponía a contemplar con inefable ternura a su hija, y al encontrar tantos encantos en ella, repetía a solas: ¡Dios mío! ¡Virgen Santa, Madre mía! ¿perderé muy pronto mi tesoro, mi joya más preciada? ¿Quedarán fallidas mis esperanzas? ¿Será mi

hija la esposa de ese caballero rico? ¿Será de ese joven tan cumplido, tan guapo y de lucidos estudios?.....

Llena de ansiedad quería a ratos penetrar a través de los diáfanos ojos de su hija hasta el fondo de su corazón y sorprender los íntimos secretos. Pero nada descubría. ¡Se reflejaba una calma tan dulce en sus pupilas! y su rostro estaba siempre tan sereno!....

Por fin, un día se le presenta con aire misterioso y un poco tímida, y le dice: Mamá, quiero comunicarte un secreto.

Un ligero frío corrió por todos los miembros de la señora y una suave palidez cubrió su semblante. Momentos de angustia. ¡Virgen Santa! ¡qué será!

—Muy bien, hija mía, le contesta, sobreponiéndose a todo. Siéntate aquí, muy cerca de mí; habla con toda confianza a tu madre que idolatra en tí.

—Mamá, mi partido está tomado.

—¿Con quién, hija mía, con quién?

—Lo he pensado mucho, he orado mucho, he llorado ante la Virgen Inmaculada y a las puertas del Sagrario. Me he decidido con toda voluntad a tomar por mi único esposo a Jesús. Quiero ser religiosa de la Providencia: ¿Lo consientes madre mía?

¡Hija de mi alma!, exclama la madre, al mismo tiempo que le echó los brazos al

cuello y la bañó con una copiosa lluvia de sus ojos.

—¿Lloras, mamá? ¿tanta pena te causa?

—Oh no, hija mía; mi dicha no tiene límites. No he tenido otra ilusión desde que por primera vez te tomé, niña recién nacida, en mis brazos y te ofrecí y consagré al buen Jesús, como prenda suya.

Mis deseos están cumplidos, hija mía. Yo te bendigo con toda mi alma. Anda donde Dios te llama. Sé digna de tu madre; sé digna de tu divino esposo.

Madre e hija se abrazaban y lloraban de agradecimiento a la Divina Providencia.

Mira, hija mía, añadió la señora: Si te hubiera entregado a un poderoso de la tierra, hubiera llorado sin consuelo tu separación; pero entregándote a Jesús, te tengo siempre conmigo. Nunca estarás más cerca de mi corazón que cuando estés más cerca de Jesús....

2. Entra al Noviciado de Champión.— Virtudes prominentes.—Profesión religiosa y estudios normales.

Poco tiempo después cayeron las doradas guedejas y graciosos rizos de la cabeza de la esbelta joven; y los adornos, aún los más modestos, desaparecieron para siempre de su rostro. Las ricas y vistosas ves-

tiduras ya no lucieron jamás en su gallarda figura.....

Era el año 1864. Desde el 22 de Enero de 1844, en que vió por vez primera la luz del día, se habían pasado 20 años. En la flor de la vida, en la plenitud de las gracias, abandona el mundo tan atractivo y seductor, con todas sus diversiones y encantos y se entrega a la inmolación en el Noviciado de la Providencia, en Champion. Vestida con su hábito negro y blanco, símbolo de su muerte al mundo y de su vida de inocencia y de gracia, se abraza con generosidad con la cruz; pero sobre la cruz está Cristo; y Cristo crucificado sobre el pecho de la religiosa es la prenda indefectible y garantía del reino de los cielos.

María Eudoxia, al entrar en la Comunidad de la Providencia, hizo este trato con su divino Esposo: Jesús mío, ya estás triunfante y glorioso en el cielo; para tí las rosas inmortales, para mí las espinas; para tí el trono supremo de la gloria, para mí la cruz; para tí la felicidad infinita del cielo, para mí las penas y dolores de la tierra. Mortificación, sacrificio, inmolación por tu amor será mi vida en la Religión. Todo por tí, para tí y en tí.....

No fueron meras palabras estas promesas. Su perfecta observancia religiosa, su admirable obediencia, su caridad sacrificada, su piedad profunda, su puntualidad

exacta estaban diciendo con toda claridad: aquí está San Juan Berchmans viviente en esta varonil novicia. Aquí están las famosas reglas 11 y 12 de San Ignacio trasladadas a la naciente Congregación y personificadas en la generosa joven que acaba de entrar en la vida religiosa: "amar y abrazar cuanto Cristo ha amado y abrazado, y aborrecer y desechar cuanto el mundo ama y abraza" y "buscar en el Señor nuestro su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles".

Con el adorno de tan preciosos dones espirituales y engalanada con los resplandores de la inocencia y de la virtud acrisolada se acercó al altar para pronunciar su eterno juramento de amor a Cristo, en su profesión religiosa, renunciando para siempre a los bienes de la tierra, a los placeres sensuales y a los abusos de la libertad, por medio de los votos de pobreza, castidad y obediencia.

Desde entonces empezó a aparecer más fervorosa y edificante en el cumplimiento de sus deberes de religiosa. Su esbelta talla, su dignísimo porte, su serenidad imperturbable, su grandeza de alma, el dominio sobre sus sentimientos y afectos le daban el aspecto de una monja reina.

Pero como el fin del Instituto de la Providencia es no sólo la propia santificación, sino también la formación y educación de

las niñas en las escuelas primarias gratuitas y en los orfanatos, en los pensionados y normales, tuvo que dedicarse con todo empeño a todos los ramos de las ciencias y las letras y a profundizar los modernos métodos de Pedagogía por el espacio de ocho años, llegando a ser una eminencia en la enseñanza y educación.

Cuando ya se encontraba así magníficamente preparada para ocupar un brillante puesto en cualquier establecimiento de su Congregación en Europa, oyó la voz de de los ángeles del Ecuador, que le decían con voces misteriosas: "Vénte el Ecuador; vénte a esa tierra agradecida, en que tiene sus complacencias el Corazón de nuestro Rey: ahí te espera un porvenir fecundo en trabajos y divinas felicidades".

Oyó María Eudoxia, llena de alegría, esas santas inspiraciones, y, como vimos ya en la primera parte, vino a la cabeza de la segunda expedición, a emplear sus fuerzas, sus talentos, su cultura y don de gentes en la formación de las niñas quiteñas en el recién abierto pensionado.

¡Qué de ilustres matronas salieron de esa bendita casal! ¡Cómo recuerdan todavía con imperecedera gratitud a su insigne maestra y amada directora esas señoras que son el lustre de nuestra sociedad por sus sólidas convicciones católicas y por su completa cultura!

3. Directora del pensionado.

¿Pero cómo pudo la Madre Eudoxia formar esa pléyade de damas que, todavía en esta noche oscura que nos envuelve por doquier, siguen difundiendo sus plácidos fulgores de virtud y ciencia?

Siempre las sapientísimas reglas de S. Ignacio llevadas a la práctica con exactitud. Tenía presente que para formar una generación piadosa, ilustrada y culta, tenía que ser ella misma de grande ejemplo, de grande edificación y de grande mortificación de sus pasiones, y sobresalir principalmente en la humildad y obediencia".

Sabía además que, sin el auxilio de la gracia, nada pueden las más relevantes prendas ni el cultivo más esmerado, para transformar las almas. Por eso oraba continuamente al Señor por sus alumnas, las encomendaba fervientemente al Divino Corazón de Jesús y a la Virgen Inmaculada, les hacía consideraciones de orden sobrenatural, las impulsaba suavemente a acudir a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen en las penas y congojas de la vida, en las luchas con las pasiones y en las dificultades que el rato menos pensado, surgen con las mismas maestras y directoras.

Así con este amor tan divino y esta solicitud tan maternal conseguía todo lo que quería de sus alumnas, triunfando

aun de las más rebeldes y caprichosas, sin necesidad de acudir al castigo sino en rarísimos casos.

Las niñas por su parte reconocidas a tanto amor y desvelo, quedaban ligadas a ella con vínculos de eterna gratitud.

4. Superiora y fundadora de nuevas casas.

La Rda Madre Superiora de Quito inmensamente complacida de la conducta de Sor Eudexia y de los admirables frutos de sus múltiples y tesoneras labores en el pensionado de Quito determinó valerse de ella para la fundación de nuevas casas de la Comunidad, en diversas ciudades de dentro y fuera del Ecuador, que con ansias reclamaban a tan buenas educadoras.

La primera fue Azogues, a donde por empeños del celoso y ejemplar sacerdote, tan conocido por su ciencia y virtud, Dr. D. Julio Mctevelle, fue llevada en 1886. Cinco años más tarde pasó la Madre Eudexia a la fundación de la casa de Ambato, en 1891. Siete años después fue nombrada superiora de la casa central de Quito, y en 1900 abrió el Colegio de la Inmaculada de Guayaquil; en 1906 el de Cali, en Colombia. En 1909 es nombrada Provinciala de todas las casas de Sud América. Y sigue adelante en sus

nuevas fundaciones; la casa de Huigra, en 1912, la de Antofagasta, en Chile, en 1919, y por último, antes de morir la de Babía de Caráquez en 1923. Todas estas casas y Colegios los abrió la Madre Eudoxia en persona, menos las de Cali y Caráquez, dejando en todas partes gratísimos e indelebles recuerdos por sus ejemplos de santidad, por su admirable tino y prudencia en el gobierno de la comunidad, por su habilidad para la formación de las niñas y por su don de gentes.

5. Ejemplar de todas las virtudes.

Pero la casa que más gozó del ejemplo de todas las virtudes fué la casa central de Quito.

Es muy conmovedor lo que escribe una de sus hijas, testigo de su vida íntima: «Cuanto se pudiera decir de esta bendita Madre es nada.

Bajo el velo de la humildad se ocultaban virtudes extraordinarias, que, a pesar de su empeño en esconderlas se traslucían al exterior.

«Su profunda piedad y habitual recogimiento hacían que todos los que trataban con ella sintieran algo sobrenatural en su presencia, y le rindiesen su respeto.

«En medio de ese aire majestuoso y de su seriedad natural conservaba un corazón maternal, que la hacía acreedora al cariño y confianza de propias y extrañas, de grandes y pequeñas.

«Su caridad era extrema. Nunca se la oyó decir mal de nadie, aun en casos en que hubiera podido decir alguna palabra de descontento. Tampoco permitía que en su presencia se hiciera alguna reflexión poco caritativa, aun tratándose de las niñas; pues decía: «Las niñas necesitan de su honor como cualquiera otra persona» Buscaba como excusar las faltas ajenas con las industrias que inspira la caridad.

Otra de las cosas que hacía muy amable a nuestra Madre era ese amor tierno a las pobres y a las huérfanas, objeto de su predilección y a quienes llamaba en su oración escogida ¡Cuántas veces se le oía decir: «Por estas niñas hemos venido al Ecuador; las huérfanitas traen las bendiciones de Dios sobre nosotras; cuidenlas con cariño, como madres».

A pesar de épocas tan malas como pasamos, no dejaba de suministrar a estas pobres niñas todo lo necesario para su vestido y alimento, presta su confianza en Dios y en la protección de S. José.

Aun en tiempos mejores en que el gobierno sostenía niñas huérfanas en nuestro

Colegio, nunca dejó nuestra Madre de mantener por su cuenta siete niñas de las que no tenían padres. Son de mi cuenta decía para que S. José ayude y bendiga a la Comunidad.

Esta confianza en Dios es la que conservaba a nuestra Madre siempre serena en medio de las tempestades políticas y en casos particulares apurados, infundiendo ánimo a sus hijas para que siguieran con fe y valor en su vocación de educadoras, seguras de la protección del cielo; ya que se afanaban por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Este celo de la salvación de la niñez ecuatoriana la hacía decir entre las alarmas de expulsión de las religiosas de sus conventos a tierras extrañas: «Yo no abandonaré el Ecuador: me vestiré aunque sea de india, para seguir trabajando en la misión de salvar las almas de esta querida tierra»

6.— Admirable prudencia en el gobierno de la Comunidad.

Todas estas virtudes se vieron más de relieve en su maravilloso tiro en gobernar la Comunidad. Superior que permite faltar impunemente al silencio, a la puntualidad, a la obediencia, en una palabra, al cumplimiento de las reglas, está muy lejos de la santidad, y se carga con la res-

ponsabilidad de sus propias faltas y de las de sus súbditos.

Superior que fiscaliza todos los actos de sus subordinados y reprende con acrimonia sus faltas y exige la observancia con celo intemperante, se coloca en una posición falsa y hace odiosa la autoridad. En vez de corregir y evitar los males q' pretende, los multiplica. Pues los súbditos, no viendo en su superior el espíritu de Cristo, sino su carácter adusto y su genio impaciente, se llenan de amargura, prorrumpen en quejas y murmuraciones y, en ocasiones, se declaran en abierta rebelión.

El superior debe imitar en su gobierno, dice sapientísimamente el Santo Fundador de la Compañía de Jesús, la benignidad, la mansedumbre y la caridad de Cristo nuestro señor, de modo que, siguiendo la norma de los Santos Apóstoles, dirija a los súbditos por el camino de la perfección, más con el ejemplo que con las palabras, siendo el modelo de su grey, y no el señor que domina. Y en corregir las faltas, añado, debe guardar el orden siguiente: Primero amonestar al culpable con caridad y dulzura. Segundo, si con esto no se enmienda, añadir a la caridad algunas reflexiones que le causen rubor y confusión. Y tercero, si ni aún así se

corrige, es preciso juntar al amor y caridad el rigor y el castigo.

Esta preciosa doctrina parecía haberse convertido en sustancia propia la Rvda. Madre Eudoxia. Mujer toda de Dios llena del espíritu de Cristo y del amor de sus hermanas, iba delante de todas con el buen ejemplo y observancia regular: hacía sensible la virtud, suave el yugo de la vida religiosa y fácil la obediencia.

„ Cuando tenía que corregir alguna falta, todas veían que aquello procedía de un corazón lleno de Dios y del amor de las reglas, y no de un celo iracundo o de un arrebato de nervios. Aun cuando sorprendía *in fraganti* algunas faltas de silencio o disciplina se contentaba con una mirada amistosa o una señal tranquila: y con eso conseguía más que con todas las severidades, quedando las infractoras más animadas a la virtud y más adictas a su superiora.

Por eso todas pasaban contentas bajo su obediencia: reinaba la paz, la caridad, la cortesía, el fervor, la concordia, amando todas su vocación, como el tesoro el más precioso del mundo y como la prenda segura de su eternidad feliz.

Es que la Madre Eudoxia cumplía per-

fectamente aquella preciosa norma del bien gobernar: El Superior debe ser tal cuales quiere que sean sus súbditos.

Era la primera en las distribuciones de comunidad, sobre todo en los actos de piedad y religión.

¡Y con qué profundo recogimiento, con qué devoción y ternura asistía a la santa misa, recibía la comunión, hacía la adoración al Santísimo expuesto, elevaba sus plegarias al cielo. Las personas de fuera que la contemplaban, quedaban hondamente edificadas y decían "esta Madre es una Santa"

A pesar de sus múltiples y grandes ocupaciones, se la veía continuamente delante de Jesús Sacramentado, aprovechando los ratitos libres para entretenerse en dulce conversación con su Amor Eucarístico.

Era tan grande su amor a Dios que tenía por máxima pensar casi siempre en Dios y evitar pensamientos inútiles.

Cinco días antes de su muerte manifestó de una manera particular su amor a Jesús, suplicando a sus religiosas que se acercaran todas las que pudieran para pedir delante de las reliquias de la Bta Mariana que le obtuvieran la gracia de morir de amor, sí, "de amor a mi Jesús".

Este amor a Jesús hacía que no perdonase sacrificios ni gastos para el orden,

limpieza y esplendor del culto divino. Renovó la capilla, haciéndola decorar artísticamente, mandó traer de Europa nuevos y preciosos vasos sagrados, valiosos ornamentos, hermosas estatuas y un excelente armario; todo con el deseo ardiente de que Jesús fuera más conocido, amado y glorificado.

Este amor a Jesús es el que lo encendía en celo de la salvación y perfección de las almas. A las jóvenes principiantes, que en ocasiones vacilaban en su vocación, las asistía con tal prudencia y amor maternal que a veces las trasformaba maravillosamente en fervorosas religiosas y tan firmes en su profesión que nada las podía apartar de su vida de sacrificio y amor a Jesús. En cambio, a las que por ineptitud o falta de correspondencia a las gracias de Dios se habían hecho indignas de la vida religiosa, las dimitía inexorablemente, sin que valiesen súplicas ni lágrimas de nadie; pues no quería que se menoscabase el fervor y observancia religiosa con sujetos inficionados del espíritu mundano.

Todas estas virtudes, fundamentadas en su profunda humildad y en su fervoroso amor a Jesús y María, la hacían en extremo amable y digna de toda veneración. Por eso cuando llegó la fiesta de sus bodas de oro de vida religiosa, toda

la Comunidad de la Providencia en el Ecuador, toda la sociedad de Quito, manifestaron a la Rvda. Madre Eudoxia su profunda gratitud con toda clase de festejos religiosos y literarios: de una manera tan cordial fue que bien se veía que no era un puro cumplimiento, sino un brote espontáneo de lo íntimo del alma.

7.— A Champión, la guerra europea, en Roma, Loreto.—

Sabedores los superiores generales de la vida de sacrificio y abnegación de la Rvda. M. Eudoxia y del bien inmenso que hacía en el Ecuador con su virtud, su buen ejemplo, su enseñanza y con su admirable gobierno, la obligaron a volver a la casa madre de Champión para proporcionarle algunos meses de descanso y hacer alguna manifestación de aprecio y gratitud a una hija tan benemérita de la Comunidad, en el cincuentenario de su vida religiosa, tan lleno de virtudes y tan fecundo en frutos de apostolado.

La buena religiosa, a pesar de sus setenta años y de las urgentes empresas que tenía entre manos, se puso en marcha enseguida.

Una vez más se vió su grandeza de alma y su completo abandono a la Divina Providencia en el apurado trance en que se vió la tripulación del barco italiano en

que viajaba. Pues habiéndose dormido el timonero, el vapor perdió su rumbo y sufrió una grave avería. El Capitán, que se dio cuenta del peligro, mandó dar el toque de alarma a media noche. El pánico de los pasajeros fue indescriptible, aguardando de un momento a otro el naufragio. Solo la M. Eudoxia permaneció tranquila repitiendo con santa paz: "Dios me dirija; nada de malo me pasará"

En efecto nada pasó. Felizmente estaban cerca de Tenerife; arribaron con gran dificultad al puerto y el capitán dio orden de bajar a tierra a toda la tripulación.

Compuesto el barco en breve tiempo siguieron viaje a Italia; mas, al llegar a Gibraltar, recibe la Madre Eudoxia la terrible noticia de la guerra europea y de la invasión de las tropas alemanas a Bélgica. La impresión fue sobremanera dolorosa, pero luego, sobreponiéndose a todo se abandonó en brazos de la Divina Providencia y prosiguió su viaje hasta Marsella, donde pensaba desembarcar, para de ahí dirigirse a Bélgica. Imposible. Las tropas ocupaban todos los trenes, y los emigrantes a España e Italia se apiñaban en los vagones. No hubo más remedio, tuvo que continuar hasta Roma, en donde

desembarcó el 12 de Agosto.

Poco tiempo después moría Su Santidad Pío X. abrumado de pesar por las enormes desventuras de la cristiandad y por otras mayores que presagiaba.

La M. Eudoxia con su inseparable compañera, la Madre María Claver, tuvo el consuelo inefable de contemplar el venerando cadáver en la capilla ardiente, en San Pedro y de asistir a las exequias pontificias, que la nobleza hizo celebrar en la capilla Sixtina".

8. La Madre Eudoxia en el Vaticano y ante su Santidad Benedicto XV —. En las casas de Italia. - De Loreto a Bélgica - Gratísimas sorpresas.

Pasados los días reglamentarios después del sepelio del Santo Padre de la Eucaristía, empezaron los preparativos para la elección del nuevo Papa.

En esos días, mientras se disponía el conclave de los cardenales tuvo la suerte la Madre Eudoxia de visitar el Vaticano; no con espíritu de curiosidad, sino con esa fe y devoción profunda que en todas partes la acompañaba, mas aún en las obras grandes de la Iglesia y en las representaciones de Cristo.

Su gozo no tuvo límites, cuando en compañía de la Madre María de Borgia, Provinciala de Italia, y de diez superiores más de las casas cercanas a Roma, fue recibida en audiencia por el nuevo Papa, Benedicto XV, al poco tiempo de su Coronación.

Tuvo muchísimo contento de ver en su presencia a la Madre Provinciala del Ecuador con su compañera, se informó minuciosamente de las cosas de nuestra tierra, preguntó con interés por todas las vicisitudes de la Comunidad, a la cual tuvo ocasión de conocer y tratar íntimamente, cuando fue obispo de Bolonia, y terminó ofreciendo su protección e impartiendo su bendición apostólica a toda la Congregación, en especial a las casas del Ecuador.

La Madre Eudoxia, no pudiendo proseguir su viaje a Champión, por las dificultades de la guerra, se vio precisada a permanecer dos meses en Roma. Tiempo precioso que lo empleó en fortalecer su alma con celestiales consuelos en las visitas a las Catacumbas, a S. Pedro, a la Tumba de Pío X y a los demás grandiosos monumentos de la tierra de los mártires y de los vicarios de Cristo.

Habiendo corrido por toda Italia la fama de la grande virtud, prudencia y ciencia

de la Provinciala del Ecuador, todas las casas se disputaban la dicha de tener en su seno a la eminente religiosa.

Pero la que más la gozó fue la Casa Noviciado de Badia, enfervorizándose todas con sus admirables ejemplos y celestiales conversaciones, principalmente las novicias.

Entre tanto seguía la guerra cada vez más terrible, amenazando incendiar toda Europa. Por lo mismo parecía inútil pensar en el viaje de Italia a Bélgica.

Pero esa mujer fuerte, de fe viva y de esperanza firme en Dios, se propuso conseguir pasaporte de uno de los miembros más conspicuos de la Embajada Alemana en el Vaticano y lo consiguió, con salvo conducto para todo el camino.

Antes de salir de Italia quiso ponerse bajo la especial protección de la Virgen Santísima y se dirigió a Loreto para implorar el amparo de María en su bendita casa. Allí pasó horas de cielo la fervorosa amante de la celestial Señora. Puso bajo su manto su persona, y todas sus cosas y salió llena más que de confianza, de seguridad de su feliz viaje.

**9. Tierna despedida de Italia -
¡Champion! - Mes y medio de di-
chas y sobresaltos - La vuel-**

ta al Ecnador.

Conocerse, amarse, y separarse ¡qué doloroso es aun para las almas más espirituales!

Las Madres italianas se sentían felices con una religiosa tan fervorosa, tan digna, tan ejemplar y de trato tan amable.

Pero llegó el 30 de Noviembre, y tuvieron que quedar priyadas de esa dulce y santa compañía. Tiernas lágrimas brotaron de todos los ojos; pero al estrechar en sus corazones, con el abrazo de despedida, a esa santa religiosa, parecía que recibían algo de su espíritu, y quedaban divinamente confortadas.

Tomó el tren para Suiza. En la frontera se encuentra con 18 Madres Italianas que volvían del retiro, que, en Setiembre, habían hecho en Champión; pero que por los azares de la guerra, se vieron derepente detenidas, sin poder seguir adelante. El consuelo mutuo fue inmenso; pero apenas tuvieron tiempo de comunicarse sus respectivas peripecias, en el momento de la comida, porque el viaje de la Madre Eudoxia urgía.

Llegada a la frontera alemana, nuevos sobresaltos.

En Basilea impedían la entrada a Bélgica a todo viajero.

En eso se presenta un joven intérprete

que explica a los alemanes la situación de la Madre Eudoxia, religiosa inofensiva y que traía pasaporte de la embajada alemana de Roma. Viendo el joven que eran inútiles sus gestiones, se pone inmediatamente en comunicación por radio con el Conde que le había extendido el salvoconducto; y después de dos días de angustiosa expectación consigue la ansiada autorización para que la Madre pueda entrar a Namur. Atraviesa en tren las ciudades renanas, siempre muy bien tratada por los conductores católicos alemanes y bien atendida en los hoteles, y llega por fin a la suspirada Patria.

Entre tanto la Rda. Madre General de Champión, llena de inquietud por no saber nada absolutamente de la Provinciala del Ecuador, que había salido de Quito a fines de Junio, mandaba oraciones y sacrificios a todas para que el Señor la amparara. El día 5 de Junio, por la mañana, volvió a suplicar con lágrimas en los ojos a la Comunidad que rogaran a Dios por el feliz arribo de la Provinciala del Ecuador.

La alegría de toda la casa fué indescriptible; se olvidaron en esos momentos del tristísimo duelo de la espantosa guerra.

Todas se pusieron en movimiento.

Después de los efusivos abrazos de bienvenida y tiernísimas saluciones, fué conducida a la capilla, que iluminaron con toda profusión, como en los días de gran fiesta, y entonaron con todo fervor el "Te Deum" en acción de gracias al Señor, por haberla conducido sana y salva a través de tantos peligros.

¡Quién puede decir el consuelo inefable y las dulcísimas lágrimas que derramaba, al recordar en esa santa casa los celestiales recuerdos de su fervoroso noviciado y los diez años de su formación religiosa? ¡Qué momentos tan de cielo pasaba en esa capilla, testigo de sus encendidas plegarias y de sus amorosos suspiros al prisionero divino, cautivo de amor por ella, en ese tranquilo sagrario. Volvía a renovar, al cabo de cincuenta años de siempre creciente vida espiritual, sus primeros sacrificios y su holocausto a Jesús Hostia en ese altar que parecía exhalar todavía los perfumes del incienso y de las azuconas, que envolvían a su alma en esos celestiales momentos.

Mes y medio pasó en Champión la Rda. Madre Eudexia, dividiendo el tiempo entre la oración, las santas conversaciones con sus hermanas y las conferencias con sus superiores, sobre el gobierno y marcha general de las casas de América,

principalmente de su segunda patria el Ecuador.

Embelesadas escuchaban las religiosas de la Casa Madre la grandiosidad de nuestros panoramas, la exuberancia de nuestra vegetación, las admirables disposiciones para la virtud y, las artes y ciencias de nuestra gente y los magníficos resultados de las múltiples labores de las hijas de la Providencia.

Entre tanto en Quito, no se podían consolar de tan larga ausencia ni las religiosas ni las niñas del Colegio y del Internado, ni las damas, antiguas alumnas y amigas de la Comunidad. Había momentos en que se arrepentían de haber permitido su partida y creían no volverla a ver más en este mundo.

Multiplicaban las oraciones y sacrificios para recabar del cielo la vuelta de su idolatrada Madre, llorando sin consuelo su desolación y orfandad.

Insertamos aquí, muy complacidos, la sentida plegaria en verso, compuesta por una persona amiga del Colegio, que todos los días repetían, anegadas en llanto, religiosas y alumnas.

HeLa aquí.

Plegaria a Jesús Crucificado

Por la corona de espinas Que tus tie-

Quedamos solas.
Que no se muevan las olas, calma las
furias del mar,
Dile á la estrella que salga á la mitad
de los cielos;
Y derrama tus consuelos, en su profun-
do penar.
Acuérdate Jesús nuestro, que sin madre
no hay cariño.
— ¡Cuán dichoso eras de niño, con María
en Nazareth!
De Belén hasta el calvario, no te sepa-
raste de ella,
A los besos de esa estrella, moriste por
nuestro amor!
No nos dejarás sin Madre, sin el calor
de tu seno,
Sin aquel dolor sereno, sin su heroica
abnegación!
Llévala bajo tu sombra, no te apartes
de su lado,
Abre tu sacro costado, guárdala en tu
Crianza!
Si nos la dieste por Madre, no nos la
quites viviendo,
Que nos estamos muriendo, sin verla,
ni oír su voz.
Vuélvanos la dulce Madre, que aquí
viva á nuestro lado,
Todo es vacío!..... Está helado!....
el nido, que ella abrigó!.....

En sus brazos, en su seno, á tu reli-
gión nacimos,
Bajo sus alas dormimos, el sueño de
la ilusión!...
Vuelve el alma cariñosa, vuelve la Ma-
dre queridal
No podemos tener vida, si nos falta el
corazón.
Por tus primeras sonrisas, por tus lá-
grimas postreras,
Por ti que en el cielo imperas, por tu
sagrada pasión,
Perdona nuestros pecados! escu-
cha nuestra oración.

**10. Vuelta al Ecuador. Entrada
triunfal en Quito. - De nuevo en
su puesto.**

Dios N. Señor escuchó estas fervientes
plegarias de sus hijas. La Madre Evéxia
no podía resignarse a la dulce tranquili-
dad de la vida de Champión y a tantas
consideraciones de la Comunidad y de
sus conspicuos pacientes. Suspiraba por
la vida de trabajo y sacrificio por la feli-
cidad de su segunda patria el Ecuador.

Los buenos alemanes la proporcionaron
el logro de sus deseos; pues exigían la
vuelta de la Madre, terminado ya el pla-
zo concedido. El veinte de Febrero de

1915 fue la dolorosa despedida para las Madres de Bélgica y el día de júbilo para ella. Consintió en pasar por París para dar el último adiós a sus hermanos, pero se negó absolutamente a las instancias que éstos la hacían para detenerla en Europa. Su corazón estaba en el Ecuador.

Allá dirigió rumbo en el "Buenos Aires" que zarpó de Génova. Llegada a Panamá hizo un cable a Quito de su próxima salida. Imposible describir la alegría de las tres casas de la Capital y de toda la República. Las damas de Quito se felicitaban a sí mismas y daban los parabienes a sus buenas maestras por tanta felicidad y se ofrecieron a los preparativos de la solemne recepción.

En efecto un desfile interminable de autos y una gran muchedumbre de a pie salieron al encuentro de la Rvda. Madre. Era de ver el gozo que se reflejaba en los semblantes de todas como si volvieran a ver a su propia madre o al ser más que rido de la familia. Al llegar todo ese gentío al Colegio, rompió casualmente la banda del cuartel vecino en aires triunfales como si quisiera festejar la lluvia de flores que caía sobre tan insigne bienhechora de la niñez y sociedad quiteña.

El recibimiento en el Colegio es más para imaginarlo que para describirse con pálidas expresiones.

La Madre en vez de envanecerse con tanta ovación, no hacía más que confundirse y referir toda la gloria a Dios, quedándose ella en su nada. El único contento que sentía era volverse a ver de nuevo entre sus queridas hijas, para consagrar a su dicha espiritual todas las energías que le quedaban.

11. De nuevo en su puesto. El sacrificio. El Corazón de Jesús reinará en el Ecuador.

Ocho años más continuó en su puesto, siendo el consuelo y modelo de todas.

Desde el año de 1895 nuestra infeliz República se ha visto en continuos trastornos políticos, sucediéndose los mandatos liberales, quien más quien menos, con espíritu hostil a la Religión, y declarando en ocasiones, abierta persecución a la Iglesia, sobre todo en sus establecimientos docentes. No faltó quien tratase de la expulsión de las Comunidades religiosas o por lo menos de privarlas de toda participación en la educación de la niñez y juventud.

Una de ellas fue la Providencia.

La Rda. Madre Eudoxia para conjurar el peligro y obtener la protección del cielo organizó una cadena de oraciones, que consistía en una serie ininterumpida de

plegarias, misas, comuniones y sacrificios ofrecidos a Dios para atraer sus bendiciones sobre nuestra infortunada patria y en reparación de los crímenes y pecados de todo el mundo. A cada religiosa se le señalaba su día y cada cual se esforzaba por multiplicar sus sacrificios y oraciones y ofrecer la misa y comunión con el mayor fervor posible. Ya se habían hecho varios turnos. El último le tocó a la Rda. Madre Provinciala el 13 de Abril de 1933, cuando ya se sentía con los síntomas de su postrera enfermedad. En este día ofreció el sacrificio de su vida por los fines propuestos en la santa cadena. El Señor parece que aceptó esta preciosa ofrenda, pues desde entonces empezó su prolongado martirio, que la había de engalanar con inestimables margaritas para ser presentada ante su divino Esposo.

A pesar de su energía para sufrir los dolores de la enfermedad, tuvo que reducirse a la cama. Los médicos declararon que el caso era grave.

Con el pensamiento fijo en Jesús sobrelevaba con heroica paciencia los dolores, las penosas curaciones, la debilidad del cerebro y el numeroso cortejo de males que acompañaban a su enfermedad, ofreciendo todo por el reinado del Corazón de Jesús en su segunda patria.

Parece que el Divino Corazón la quiso consolar, dándole a entender que sus deseos y oraciones eran despachados favorablemente. Pues una noche en que consiguió un poco de descanso con un sueño sosegado, despertó alegremente sobresaltada y dijo con voz emocionada a sus hijas que angustiadas la asistían. "Oigan, oigan! Jesús reinará en el Ecuador! Lo he visto en un trono de oro: avisen al Padre Martínez". (Oblato).

Este fué el premio de tantos martirios de su enfermedad, con la esperanza de ir a ver pronto a su Jesús y a su Madre.

12. El testamento -- J' irai la voir un jour- Preciosa muerte.

A pesar de los solícitos cuidados de sus hijas y de los últimos esfuerzos de la ciencia médica, la enfermedad se agravaba por momentos. Conociendo la Madre la cercanía de su fin, suplicó que se reunieran todas las religiosas de la Comunidad para darles los últimos consejos. La Rda. Madre Superiora del Internado de la Inmaculada, que también se hallaba presente, tuvo el feliz acuerdo de tomar apunte de ese precioso testamento. Helo aquí para edificación de todos.

"Hijas. mías les recomiendo que vivan muy unidas entre sí, para poder continua

la misión que Dios nos ha confiado. ¡Les suplico, ante todo, la caridad! Que se unan todas, para trabajar por el bien de la comunidad, que se amen con sinceridad, prestándose servicios con gusto, sin egoísmo. Sean muy fieles a la Sta. Regla, a sus deberes. Amen a sus Superiores, suplico a todas ser sumisas a las Madres que me remplacen; que las respeten, que no hagan nada sin licencia, que las amen, pues el amor es todo! ¿Me lo ofrecen?

Que mis hijas se santifiquen en verdad, como hijas de la Providencia, hijas de María Inmaculada, nuestra Madre. Ay, hijas mías, Dios es grande, todo parece, y esto todo es muy poco!

Sírvanle con fervor, y sobre todo no cometan nunca, nunca ninguna falta voluntaria!

Les pido perdón de las penas que he podido causarles involuntariamente: soy criatura! ¡Que feliz soy por morir en mi santa vocación! morir amando a Dios, y esperar gozar de su amor por la eternidad!

Ay, hijas mías, vayan adelante, a pesar de las dificultades. En la hora de la muerte, qué poco nos parece todo! déjense de bagatelas; este pobre corazón que sea todo de Jesús, ¡Santifiquémonos, hijas

mas! No quiero estar sola en el cielo, sino con todas Uds. ¡No lloren, no! pidan por mí ¡Soy tan feliz!"

—Aquí calló nuestra Madre, y quedó absorta en Dios.

Una de las cosas más costosas para esa alma tan angelical eran las curaciones de la septicemia, originada del tratamiento devacertado de las várices crurales.

Desde sus más tiernos años se distingió por el amor a la pureza virginal. Se reflejaba esta virtud en su modestia, en sus conversaciones, en sus lecturas, en el trato con los prójimos, en todo su comportamiento, de tal modo que bastaba tratar una vez con esta bendita Madre, para darse cuenta que uno se hallaba delante de un ángel. De ahí ese santo rubor y repugnancia en someterse a las curaciones; fué necesaria la orden terminante del confesor para tranquilizarla.

Adornada con multitud de carismas celestiales, purificada con tres largos meses de dolorosa enfermedad, abrasada en el amor de Jesús y María, estaba ya preparada para volar al cielo.

La víspera de su muerte, 7 de Junio de 1923, pidió que se renuieran en torno de su lecho todas sus queridas hijas, las suplicó que entonasen esa bellísima aspiración al cielo "J' irai la voir un jour," con

todas esas estrofas tan llenas de ternura para con nuestra Madre, la Virgen María, y de tan divinas añoranzas. "Al cielo, al cielo, sí; Un día a verla iré.

Escucha, tierna Madre Cuál es mi vivo anhelo, Volar, volar al cielo Tu dulce rostro a ver!

Tan bella, tan amable, ¿Quién como tu, María! ¡Ay! cuánto el alma ansía Tu faz radiante ver!.....

¡Oh Madre! si es preciso Que muera para verte, Ansío ya la muerte, Si luego te he de ver.

Gozar espero entonces La luz de la belleza! La luz de la pureza! Tu bello rostro al ver."

Y repetía hondamente conmovida: ¡Al cielo, al cielo! Pero con todas mis hijas... Pónganse todas delante; quiero verlas a todas; las espero en el cielo; que no falte ninguna, ninguna.....

Amaneció el 8 de Junio, fiesta del Amantísimo Corazón de Jesús.

Y ese Divino Corazón, para quien vivía, por quien se sacrificaba, en quien tenía puesta toda su confianza vino a sacarla de este mundo miserable y llevarla al cielo precisamente en este hermosísimo día.

Quería morir en un acto de amor a su Jesús, a su Dios amantísimo, y amando a Jesús, su Dios, exhaló el último suspiro.

¡Cuán preciosa es la muerte de los justos en el acatamiento del Señor!

El Rey de Bélgica la había condecorado con "las Palmas de la Corona" por la grande gloria que había acarreado a su patria en la nobilísima labor de su vida religiosa durante 60 años y de educaciónista admirable; y el Rey del cielo la corona de blancas rosas inmortales y coloca en su diestra el ramo de azucenas; y la asienta en su trono de gloria para toda la eternidad.

13. La glorificación - El traslado de los restos mortales a la Quinta de la Providencia. En el templo de la Compañía.

Una persona tan eminente por su santidad y ciencia, como Sor Eudoxia, no podía salir de este mundo, sin la conmoción y lágrimas de toda la sociedad. Entonces se vio palpablemente cuan amada era de su Comunidad, cuan querida de las niñas, cuan estimada y venerada de las personas mayores, cuan recordada de las antiguas alumnas.

El traslado del venerado cadáver a la Quinta del Noviciado más que un desfile fúnebre parecía una procesión triunfal. Las calles estaban todavía embanderadas por la fiesta del Corazón de Jesús; las

niñas vestidas de blanco llevaban azucenas en las manos, numerosos sacerdotes acompañaban el féretro, innumerables damas y caballeros componían la calle de honor; y el doble de las campanas de la Catedral y de las iglesias por donde pasaba el acompañamiento parecía un repique de gloria.

Las principales damas de Quito, antiguas alumnas de la Providencia no se contentaron con esta manifestación; quisieron honrar a su "inolvidable Madre y Maestra, M. R. M. María Eudoxia Baudart" de una manera más solemne en el Templo de la Compañía.

He aquí como describe estas honras "El Derecho" en su edición del 17 de Junio de 1923:

Ofrenda de amor

En la mañana del día de ayer se efectuaron, como rezó la respectiva invitación de las Señoras, en el grandioso templo de la Compañía de Jesús, las exequias celebradas por el eterno descanso del alma de la Reverenda Madre Eudoxia, Provinciala de la Venerable Comunidad docente de la Providencia,

Presidieron en ellas el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo doctor don Manuel María Pólit Laso y el Ilus-

trísimo y Reverendísimo Obispo Comin, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, acompañados del Venerable Capítulo y Clero de la Arquidiócesis. Y llenaron el templo religiosos y religiosas, niñas, señoras y caballeros de la distinguida sociedad, entre los cuales se hallaban varios miembros del Honorable Cuerpo Diplomático.

El templo severamente decorado ofrecía un golpe de vista maravilloso; el altar mayor, adornado de luz y rojo encendido en el que se destacaba la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús sobre dos escudos: el de su Sagrado Corazón y el de esta República a El consagrada.

En el imponente catafalco reposaba un ataúd blanco en medio de lirios, azucenas y palmas; lo guardaban los ángeles, lo protegía una cruz resplandeciente, y daba cima al catafalco una corona de luz, de la que pendía un cortinaje de blanco y negro, símbolo de la pureza y la abnegación de la Religión de la Providencia.

Cantó la misa de *requiem* el admirable Coro Franciscano, bajo la dirección del reputado artista músico y cantor, Reverendo P. Agustín Azcúnaga; y el responso, el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo.

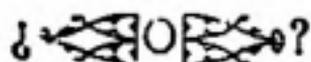
Terminada la santa misa, ocupó la cátedra del Espíritu Santo el elocuente y celoso orador sagrado Reverendo Padre Próspero Malzieu S. I., quien pronunció la oración fúnebre, glorioso panegírico, perfumado ramillete de lirios y rosas encarnadas».

(El Derecho) Jun. 17 de 1923

El orador terminaba así:

¡Oh! descansa por fin, mujer grande y admirable, descansa de tus penas y trabajos en el seno de tu divino Esposo, a quien serviste siempre con tanta fidelidad y tan magnánima constancia. Nuestros ojos que ya no te verán sino en una patria mejor, lloran tu pérdida irreparable, pero nuestros corazones se alegran por tu felicidad tan noblemente conquistada. La estela de virtud que dejas en pos de tí, en tu paso por el mundo, no se borrará de entre nosotros, porque seguiremos viéndote en tus hijas queridas formadas a tu imagen y en tu escuela; en tus alumnas y discípulas que dirán tu nombre, tu grata memoria, tus enseñanzas en sus hogares y familias; en nuestra República entera que santificarás desde el cielo con tus admirables obras y funciones! Acepta, pues, en este día nuestras oraciones y sufragios, como humilde tributo de gratitud ya que todos te reconocemos por in-

insigno y banomérta bienhechora nues-
tra.



Cap. II La M. Ignacia.

Mujer fuerte, religiosa ejemplar, artista consumada para el canto y para el piano, maestra y educadora infatigable, sacrificada, prudente y de maternal cariño para sus alumnas.... esta fue la Madre Ignacia.

Nació en Londres, en el seno de una distinguida familia protestante. Llegada al uso de la razón fue enviada con otra hermana suya a hacer los primeros estudios en Champión, en el Colegio de la Providencia. Florencia, que así se llamaba la niña, dotada de notables prendas para el estudio y la virtud, se fijaba detenidamente en las prácticas y ceremonias de nuestra Religión y en la vida austera y ejemplar de las religiosas, y concibió grande estima del Catolicismo y de sus instituciones. Estudió a fondo nuestros dogmas, y acabó por pedir el bautismo a la edad de 20 años, y luego ingresó en el Instituto sin avisar nada a sus padres.

Cuando más tarde llegó a tener noticia la señora de Eyre, su madre, de que s

había hecho católica y religiosa, fue increíble la pena que tuvo y cortó toda comunicación con Florencia. Pero esta, llena de confianza en Dios, siguió con más fervor su vocación, y novicia todavía vino al Ecuador.

Si aquí se creyó más segura, no por eso dejó de sufrir las torturas de la separación y las angustias por ver a su madre y hermana sumidas en el protestantismo. Para conseguir su conversión, se consagró con toda generosidad al servicio de Dios y ayuda de los prójimos, según su vocación, añadiendo además muchas oraciones y sacrificios "Si yo no rehúso nada a Dios, decía, El no me negará lo que le pido."

Su calvario fue el Internado, primero en la Casa Central y después en la Inmaculada. Calvario, por la constante abnegación y trabajo continuo con las niñas, algunas de ellas, de difícil carácter, protesticas y rebeldes. En los salones, en las clases, en las lecciones, en el comedor, en el dormitorio, en las excursiones, en la capilla, siempre con ellas, siempre vigilante y cuidadosa, como una madre prudente, digna y al mismo tiempo cariñosa; siempre solícita de su salud y de su virtud. A las enfermas las curaba, a las tristes las consolaba, a las combati-

das las sostenía y a todas encaminaba por el recto sendero del cielo.

Cuando en 1.898 la actual superiora de la "Immaculada" fué nombrada directora de todo el Colegio, admirada de tan asombrosa abnegación de la Madre Ignacia le preguntó si esta vida siempre alejada de la Comunidad, le era muy penosa sinceramente contestó, "Así es la verdad; para mí es el mayor sacrificio; pero como Dios me lo pide por medio de mis superiores, he hecho el ofrecimiento de no decir jamás una palabra, para que me cambien de ocupación. ¡ así pasó 60 años!

La mayor recompensa que recibió en este mundo por esta vida de obediencia y perseverante sacrificio fué la conversión de su hermana y de su madre.

En 1.890 fue de compañera de la Rda. M. Eudoxia a Champión. Pasaron por Norte América y fueron a Washington. Allá se había trasladado la Señora de Eyre con Kate. Cuando la señora vió a las dos religiosas y supo que una de ellas era su hija, la impresión que sintió en su alma fue indescifrable, mezcla de alegría, de admiración, tal vez de reconvencción, prevaleciendo sobre todo el amor de madre. Se echaron los brazos al cuello, con inmenso cariño, bendijeron al

Señor la monja y la señora, fervorosa protestante, de buena fe. Desapareció todo resentimiento, surgió de nuevo el amor materno, fundiéndose con el amor filial de Florencia, transformada en la Madre Ignacia.

Después de tan gratas impresiones comprendió la tucra religiosa la grande obra de convertir a su madre; pero en el poco tiempo de permanencia que le quedaba, no hizo más que echar la semilla, para que después fructificase, dejando el cultivo a un celoso jesuita, que le ayudó en esta santa labor.

Siguieron las Madres adelante su viaje y regresaron pronto al Ecuador. Entonces empezó una cariñosa comunicación epistolar con su hermana Kate y su madre, para lograr su interce. Un día recibió carta de Kate en que le comunicaba su deseo de estudiar respecto la Religión Católica; qué gozo para la M. Ignacia! Por fin otro día le comunicaba su dicha de haber sido bautizada en la Iglesia Católica sintiéndose muy feliz de participar de los Sacramentos del Catolicismo sobre todo de la Divina Eucaristía:

Pero ¡ay! su madre no se convertía. La M. Ignacia multiplicaba sus oraciones y sacrificios. Kate por su parte trabajaba con toda prudencia bajo la direc-

ción del P. Jesuita para convencer suavemente a su madre, que estaba de buena fe, en el Protestantismo. Dos años más de oración y penitencia, y la Señora de Eyre, nadando en dicha celestial abrazó el Catolicismo, hizo su primera Comunión y al poco tiempo voló su alma al cielo.

La dicha de la M. Igracia no tuvo límites al ver cumplidos todos sus arrebolos. ¿Y qué daré a mi Señor, decía, por tantas bondades? Como pagaré a su misericordioso Corazón? I siguió con más empeño en su vida de sacrificio: clases de piano, canto e inglés; inspecciones en todo; procura, viajes cada año a Guayaquil para las compras, y siempre dispuesta como una verdadera sierva de Dios a todas las órdenes e insinuaciones de sus superiores. Fidelidad en los ejercicios espirituales y en el reglamento que le correspondía. Jamás ni por gripes, ni por reumas u otros achaques dejó de levantarse a la hora de la Comunidad y cumplir con el crecimiento de obras, oración, santa misa, comunión. Cuando le acontejaban en sus achaques que se levantase un poco más tarde, contestaba: Eso lo haré cuando tenga 80 años; y así se cumplió; pues sólo a esa edad; se vió obligada los últimos meses de su

vida a guardar cama.

Cuando cumplió las bodas de diamante de vida religiosa, fue un espectáculo ennobecedor ver a sus antiguas alumnas con sus hijos y nietecitos, que gritaban alborazados. "Viva la abuelita!" El ministro inglés condecoró a la humildísima religiosa con "Las Palmas de la Corona" por su constante y benéfica labor de 60 años, refiriéndole ella todo a la gloria de Dios. Llena de rubor tuvo que escuchar los elogiosos conceptos del Excmo. Sr. Manuel M. Pólit en la sentida alocución que dirigió a la numerosa y distinguida concurrencia.

Cargada de años y de méritos sentía ya las nostalgias del cielo, como dejó traslucir en los místicos acentos, que exhaló en el retiro de Setiembre de 1931, cantando con tales trasportes de gloria que llenó de admiración a la Comunidad.

Durante los largos meses de postración dividía el tiempo entre la oración, la lectura y labores de recuperación para las niñas. Su máxima era: trabajar y orar. Cada hora del día estaba aplicada a una de las cosas de la Comunidad en el Ecuador. Así preparada para la muerte, la vio venir con tranquilidad. Los últimos días los pasó todos en oración y con el rosario en la mano. Pidió y recibió

bió con todo feivor los últimos sacramentos y el 16 de Octubre por la noche entregó plácidamente su preciosa alma en manos de su Redentor.

Epílogo

Varias otras monografías de grandísima edificación pudiéramos añadir. Pero tenemos que detenernos en espera de nuevos datos y de tiempos más propicios.

Como coronamiento de este humilde trabajo, consignamos aquí los valiosos conceptos del Instituto del Secretario de Estado de S. Santidad León XIII, que había desempeñado el cargo de Delegado Apostólico en nuestra República, M^{gr.} Mario McCenni Arzobispo titular de Heliópolis.

He aquí el documento con fecha 4 de Marzo de 1.887.

"Durante su permanencia en Quito, como Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de la Sta. Sede a la República del Ecuador, el infrascripto, Arzobispo de Heliópolis, tuvo ocasión de tratar frecuentemente con las Hermanas de la Providencia de la Inmaculada Concepción, y atestigua con santa complacencia que dichas Religiosas se habían

granjeado con toda justicia la benevolencia del Gobierno, el aprecio del clero y el cariño del pueblo, por su vida y su plar, por los innumerables beneficios hechos a las poblaciones con la enseñanza de la Religión y de las letras a las niñas, por las buenas obras fundadas y sostenidas con el más grande celo y por el espíritu de caridad de que han dado brillantes pruebas en todo tiempo.”

He aquí en pocas palabras un elogio completo de la virtud y del celo de las Religiosas de la Providencia.

Efectivamente es inmenso el beneficio que han hecho al Ecuador con la formación espiritual bien fundada de innumerables niñas pensionistas y gratuitas, que actualmente son la honra de nuestra sociedad. Desde los rudimentos del catecismo hasta las cuestiones más arduas de la Apologética; desde las sencillas prácticas de la piedad hasta las más elevadas aspiraciones ascéticas han sabido infundir a sus alumnas con la palabra y el ejemplo.

¿Y qué decir de la cultura más amplia y elegante que dan a sus educandas?

Literatura, matemáticas, ciencias físicas y astronómicas, canto, declamación, piano, violín, instrumentos de pífano; dibujo, pintura: acuarela y al óleo, pi.

rograbado, repujado, en madera y terciopo
lo; bordado, tejido, punto de cruz, tallo, ro
mano, gobelino, Venecia etc, es el conjunto
de ilustración, y con más las clases de
tercer y segunda enseñanza de estos
dos años.

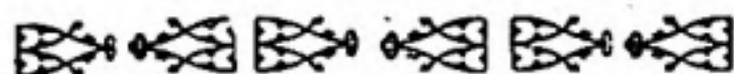
Para convencerse de las múltiples ha
bilidades de las alumnas de la Providen
cia basta recorrer, aunque sea ligera
mente, las salas de muestras a mediados
de Julio, y uno queda admirado de tan
bellos trabajos de pintura, costura, tejido
y bordado, y si a uno no le constara con
evidencia que son obras propias de las
niñas, creeríamos que son traídas de los
centros culturales más afamados del
extranjero.

Honor y gloria a tan beneméritas edu
cadoras de la niñez femenina.

FIN

A. M. D. G.





INDICE

	Pag.
Prólogo.....	III
Dos palabras del autor	XI
Cap. I Causas de la venida de las MM. de la Providencia al Ecuador	I
Cap. II Las futuras madres de las huerfanitas - Grandes persona- jes intervienen en la elección	7
Cap. III Llegada a Quito y co- mienzo de las labores	23
Cap. IV Morciguillas - Sor He- nerina	34
Cap. V Sor Marie Edmond	49
Cap. VI La M. Marie Claire	69
Cap. VII Una rosa y una marga- rita	73
Cap. VIII La R. M. Antonina y	

INDICE

	Pág.
Lutgarda	79
Segunda parte	85
Cap. I La Monja Reina (Madre Eudoxia)	87
Cap. II La M. Ignacia	125
Epílogo	131

Este Libro es propiedad de la Biblioteca
Nacional de la Casa de la Moneda
Su Venta es penada por la Ley
